

MARCO-ANTONIO SALUZZO

HISTORIA ABREVIADA

DE LA

LITERATURA HEBREA



CARACAS
TIP. DE RÓMULO A. GARCÍA & ca.
1902

NUEVA OBRA

DE

DON MARCO-ANTONIO SALUZZO

—

Si pudiéramos dejar la superficie de la tierra, y subiendo por los espacios nos fuese dado llegar á tanta altura que dominásemos por una parte la gigantesca convexidad del planeta y por otra la majestuosa inmensidad del firmamento, experimentaríamos emoción análoga á la que hemos sentido al leer ciertas páginas de la Biblia. Hay muchas obras en que admiramos grandezas: sólo en la Biblia sentimos el Infinito; muchos pensadores y poetas nos levantan hasta hacernos ver grandes los horizontes de la vida, que medimos por nuestra propia persona: sólo la Biblia nos hace subir tánto que vemos la vida estrecha y sentimos la eternidad!

La Biblia es un libro único. Detrás de la expresión directa de sus versículos hay algo oculto que nos subyuga. Sabemos que tras el sentido literal de sus palabras hay un sentido místico profundo; y es en ocasiones tan perceptible la existencia de esa misteriosa significación, que el mismo lenguaje que por ella aparece sublime, resulta sin ella inexplicable; vése claramente en tales casos que si se le priva del sentido místico, aquel lenguaje grandioso se halla despojado también de todo otro sentido: tal sucede por ejemplo en muchos pasajes sublimes del *Cantar de los Cantares*.

El Antiguo Testamento tiene además para su recta inteligencia dificultades graves para los lectores que, ora ignoramos la lengua hebrea y sus formas idiomáticas peculiares, las cuales según se nos enseña, han pasado á las versiones sucesivas que del texto original se han hecho; ora desconocemos las costumbres propias

de las diferentes épocas á que corresponden los varios libros, en los que sus autores se dirigían á sus contemporáneos.

En la narración de los hechos pasados, en la predicción de los sucesos futuros, en las máximas de sabiduría moral, en las alabanzas y preces al Sér Supremo ó en la representación de sus divinos atributos, en la pintura del hombre justo ó en la execración de la perversidad, en todo cuanto en aquellas misteriosas páginas se encierra percíbese siempre algo austero como la virtud, y sencillo como la verdad, y siéntese un arte sin artificio, de formas extrañamente hermosas en que la estética humana, animada por un soplo divino, adquiere excepcional grandeza.

Ora nos sorprende la poca importancia con que se pasa sobre sucesos que nuestra falseada fantasía hubiera querido ver presentados con grande aparato; ora nos pasma el poder con que en brevísima frase se compendia lo que no hubiéramos creído decible sino en prolongadas perífrasis; ora nos deja pensativos el presentársenos en su verdadera magnitud hechos ó ideas que habíamos tenido en nuestra necedad por baladíes, no menos que como la lente telescópica nos revela un mundo en lo que nuestra ignorancia había tenido por insignificante chispa luminosa.

Por manera que tras las dificultades externas de la ignorancia del idioma y de las costumbres y sentimientos de la época, que explican gran número de alusiones, figuras y simbolismos, existe lo extraño de la estética bíblica, de cuyo espíritu es preciso poseerse para sentirla en toda la sublimidad de su poder. ¿Cómo puede sentirse la estética del Partenón ó la del templo de Karnak sin conocer la historia ni poseer hasta donde sea posible el espíritu helénico ó el egipcio que inspiraron esas obras? ¿Cómo puede sentirse tampoco la belleza del Antiguo Testamento sin estar penetrado de la historia del pueblo de Dios y del Espíritu que dió especial vida á esas letras?

La obra de nuestro distinguido escritor don Marco-Antonio Saluzzo, que él titula *Historia abreviada de la Literatura hebrea*, y con cuya aparición honramos hoy nuestras páginas, es resultado de atento estudio y de acendrado amor por el arte y por la historia hebrea, y constituye como una grandiosa galería literaria, en la cual podemos contemplar reflejadas esas bellezas bíblicas á que no podríamos acercarnos directamente, los que no tenemos ni la erudición ni las dotes intelectuales y artísticas que para ello son indispensables.

Los lectores encontrarán en tan interesante trabajo, después de consideraciones generales sobre la lengua hebrea y sus propiedades para la expresión de los sentimientos vivos en la forma poética, presentada bajo varias faces la literatura hebrea que atesora el Antiguo Testamento.

Felicitamos á nuestro bondadoso colaborador por este nuevo fruto de su vigoroso intelecto y á los amantes de las bellas letras por la instrucción y solaz fáciles que ella ha de procurarles.

JUAN DE DIOS MENDEZ, HIJO.

HISTORIA ABREVIADA DE LA LITERATURA HEBREA

CAPITULO I

ESTRUCTURA POÉTICA Y RIQUEZA DE LA LENGUA HEBREA

—La lengua hebrea es lengua sagrada, y puede considerarse como madre de la civilización primitiva y fuente de nuestros más nobles conocimientos. Es, además, instrumento, si no de la más antigua, de antiquísima poesía.

—Son cualidades indispensables para que una lengua sea poética: la acción, la representación, la pasión, el canto y el ritmo.

—La parte de la oración, gramaticalmente hablando, que expresa, ó mejor: que representa la acción, es el *verbo*.

—Así, pues, es incontestable que la lengua rica en verbos será esencialmente poética; y lo será tanto más, cuanto posea mayor número de nombres que puedan convertirse en verbos activos.

—El nombre representa un objeto inmóvil, si no muerto; al paso que el verbo pone dicho objeto en acción, y la acción despierta la sensación. La acción y el movimiento como resultado de la emoción, constituyen la esencia de la poesía.

—Ahora bien: en la lengua hebrea todo es verbo, es decir: todo acciona, todo se mueve; porque cada nombre puede convertirse en verbo, ó casi lo es esencialmente, por haberse tomado la acción, en el movimiento de la raíz, para formar aquél á semejanza de un sér vivo.

—La forma característicamente activa de la lengua hebrea la hace en extremo favorable al poeta. Todo en ella es vida y movimiento. No se hizo, es verdad, para el pensador abstraído, para el filósofo profundo; pero sí para el poeta, porque ella es la Poesía misma.

—La lengua hebrea es pobre para la especulación, pero rica de imágenes: abunda en sinónimos, porque se complace en designar cada objeto en sus diversas relaciones, pintándolo, por decirlo así, entre el concurso variado de las circunstancias que lo acompañan.

—La superabundancia de nombres para los objetos materiales es harto visible en la lengua hebrea, cosa que se debe al influjo que sobre ella ejercieron otros pueblos. Los árabes, por ejemplo, la llevaron á un alto grado de perfección en este punto; y es casi indudable que los fenicios debieron dotarla con multitud de palabras para designar muchísimas mercaderías.

—De ahí el que los hebreos posean gran copia de nombres numerales, de productos naturales, de objetos suntuarios, de adornos y de refinamientos voluptuosos, que difícilmente podemos expresar. Estos vocablos debieron introducirse muy temprano en la lengua hebrea, hablada entonces por los fenicios, los ismaelistas, los egipcios y los babilonios; en una palabra: por los pueblos más civilizados del antiguo mundo, que la colocaban, por decirlo así, en el centro de la civilización de aquella época y la forzaban á adoptar sus movimientos.

—La poesía descriptiva de los hebreos sobresale por todo extremo si no en finura ó en delicadeza, en fuerza y en vida; y ello se debe á la naturaleza de los verbos, que, según se ha dicho, son todo acción, movimiento, tomadas como han sido sus raíces de las imágenes, de las sensaciones. Los nombres representan casi siempre personajes activos, y se nos aparecen como rodeados de agentes ficticios pero tangibles. El pronombre ocupa el altísimo puésto que de derecho le

pertenece en el lenguaje de la pasión; el adjetivo se reemplaza por palabras compuestas, de manera que la cualidad del objeto indicado sea más especial y activa. Todas estas particularidades reünidas hacen de la lengua hebrea la más poética de la tierra.

—La pasión, la sensación y la emoción caracterizan la poesía hebrea, como puede advertirse en el siguiente pasaje:

« Siéntome rebosado de palabras: la aspiración me « oprime el pecho. »

« Siento algo que fermenta dentro de mí; algo se- « mejante al vino nuevo cuando rompe la nueva odre « donde lo quieren depositar. »

« Quiero hablar para que se me desahogue el pe- « cho; quiero abrir los labios y responderme á mi « mismo. »

—Entra, además, en la estructura poética de la lengua hebrea, lo que se ha designado con el nombre de *paralelismo*, que consiste en cierta harmonía á la cual concurren el ritmo y la eufonía, hasta el punto de comunicarle las gracias, las bellezas todas de la danza y del coro de la tragedia griega; en una palabra: en el consorcio de la forma con los sonidos, que fluye, por decirlo así, de la más perfecta simetría.

—El *paralelismo* de los hebreos informa, pues, la medida más simple de los diversos miembros de la obra poética, sin exceptuar las imágenes y los cantos: no es el círculo artístico, la graciosa corona, si puede decirse, formada por el enlace de palábras y de sonidos, sino algo así como dos hilos de perlas, sencilla y paralelamente suspendidos. Los pastores de Canaán no hubieran podido nunca tejer danzas en que se imitara, al uso griego, las entradas y salidas del Laberinto; pero sí formarse frente á frente en dos filas, para corresponderse con gritos de alegría ó con exclamaciones de dolor.

—La obra poética literaria divídese en dos partes entre los hebreos; y estas dos partes se fortifican, se

sostienen, se inspiran mutuamente, ya sea que enseñen, ya que expresen alegría, tristeza ó amor. En los cantos de alegría el efecto corresponde á todos; en los de lamentaciones, resulta de los suspiros y de las quejas particulares. La respiración profunda y reiterada, consuela y fortifica el alma; y cuando una de las dos partes del coro divide con la otra el dolor ó la alegría, dicha parte viene á ser el eco de cada voz, ó como decían los hebreos: *el hijo de la voz conmovida.*

—Como la Poesía, antes que á la razón, dirígese á los afectos, nace y sostiénese en éstos el *paralelismo;* porque cuando el corazón se expande en sentimientos, suscítanse las emociones empujándose como las olas de agitado piélago. El alma conmovida no acaba nunca de decirlo todo; tiene siempre que añadir á lo dicho alguna palabra nueva; y hé aquí por qué encontraréis repeticiones en toda obra poética en que campea la pasión.

—Lo que se ha llamado *paralelismo de las cláusulas* (desarrollo del pensamiento y del ritmo en series paralelas), consiste en cierta forma del Arte, muy susceptible de extensión, y en la cual, cada verso se divide en dos ó más períodos unidos entre sí por la relación, sea completa ó parcial, del pensamiento, ó sencillamente, del ritmo. Esta forma vierte muy bien la sensación rápida y vigorosa, naturalmente expresada en cortas proposiciones, pero que por lo mismo no lo dice todo de una vez. Para ser comprendida mejor, una proposición llama á ótra; un trozo debe ser aclarado por ótro; la tesis pide la antítesis. Es tan libre tal estructura; ofrece tántas y tan variadas diferencias, que facilita la espontánea expresión de la idea en graciosos pensamientos, y produce dulce encanto por su misma variedad.

—A propósito del paralelismo:

«Y ¿cuál era, «dice Lamartine,» la forma, la me-
« dida, el ritmo, la consonancia, el metro, de aquellos

« cantos poéticos, de aquellos versos sagrados? ¿Abun-
« daban en ellos el hemistiquio, los pies, la rima, el
« lenguaje numeroso y musical que los griegos, los la-
« tinos y nosotros mismos llamamos hoy día *verso?*

« Parece que la lengua hebrea, aunque ya muy
« abundante en imágenes y sapientísima, no había al-
« canzado aún la invención perfecta del verso, que true-
« ca en notas las palabras y convierte el estilo en una
« como música, cuya medida se marca con rigurosa pre-
« cisión. Acaso la forma poética y versificada de aque-
« lla lengua, consistía principalmente en cierta repeti-
« ción, en el eco de la misma idea; idea y repetición que
« se encontraban en la propia frase, casi al cabo de igual
« número de palabras, á manera de consonancia, bien
« así como el eco consuena con la voz que lo despierta. »

« Esta prosodia, ó bien: consonancia de dos ideas
« que se atraen y se corresponden como dos voces,
« desde el principio hasta el fin de la estrofa, fue, sin
« duda, inspirada á los primeros poetas ó profetas he-
« breos por la naturaleza de sus nativas regiones. La
« forma cóncava de los valles y de las quebradas, la so-
« noridad de las rocas que por todas partes interrum-
« pen la superficie, la resonancia de las cavernas, mul-
« tiplican allí los ecos; y acaso los pastores de aquella
« nación esencialmente pastoril, impresionados por la
« exactitud con que las quebradas, las rocas, las caver-
« nas, repetían las flautas ó los cantos, trataron, natu-
« ralmente, de imitar en la prosodia tan musical re-
« petición. »

« De ahí lo que los eruditos llaman *paralelismo*
« en los cantos épicos ó líricos de la Biblia; *paralelis-*
« *mo* cuyo origen creemos encontrar en la imitación
« del eco. Pero no es sólo el oído el que se impresio-
« na y encanta con la consonancia de la palabra con la
« palabra, sino también el ánimo. Porque si hay eco
« en el oído hailo también en las ideas; tan así, que el
« espíritu del hombre se complace en repetirse lo que

«piensa y lo que siente, como para afirmarse más y «más á sí mismo lo que ha pensado y lo que ha sentido, y gozar, por ende, más de una vez de su propia «facultad de pensar y de sentir. ¿Qué es la rima de «nuestras lenguas modernas, sino la consonancia del «verso, que se repite por medio del eco en otro que «le sigue?»

«Esta repetición de la primera parte de una es«tancia poética en su segunda parte, casi en los mis«mos términos, obedecía, además, evidentemente, en«tre los antiguos, á otra causa; y ello era: la facilidad «que tal repetición daba al pueblo ó al *coro*, de asociar«se al poeta, para repetir lo que aquél dijera ó canta«ra. La intención de dar por este medio al pueblo «cierta especie de estribillo, es manifiesta en algunos «salmos de David; y hoy mismo á tántos siglos de dis«tancia, al leer aquellos salmos, vemos al pueblo á «quien va enderezado el estribillo, recibirlo en los la«bios y recitarlo en seguida con tal resonancia, que pa«rece lanzarlo á la inmensidad de los cielos.» (*)

—Como los hebreos ignoraban, ó por decir mejor: carecían de los números oratorios del período griego y del latino, reemplazábanlos con el paralelismo, hasta el punto de fincar en éste el vigor y la elegancia de su lengua.

—La poesía hebrea nació bajo la bóveda del cielo, y, como quien dice, en faz de la aurora, siendo ella misma como la aurora de la civilización universal, pues celebra, la primera, la unidad de Dios y la unidad del género humano.

EL LENGUAJE Y LA ESCRITURA (*)

¡Gloria á tí, oh hijo invisible del aliento humano! ¡Oh lenguaje, encantador lenguaje, hermano de los án-

---

(*) Lamartine.—Curso familiar de literatura.

(*) Este título y el siguiente son imitaciones del poeta y filósofo alemán Herder.

geles! Sin tu fiel socorro sucumbiría el alma bajo la pesadumbre de las sensaciones; el canto no se alzaría en los altares para venir luégo á acariciar nuestro oído; lo pasado sería testigo mudo; la huella del hombre, como la del bruto, perderíase en el vacío; y el alma del sabio tendría que ser cuna y sepulcro de la sabiduría.

¡Omnipotente Dios! Tú, que hermanaste la lengua con el alma; Tú, que te dignaste comunicar al efímero soplo, al más suave sonido, la idea y el afecto, y le infundiste el mágico poder de resonar más allá de los tiempos; Tú diste, sí, Tú diste alas á la idea, y la dotaste con el poder de crear á imagen suya; con el poder, más benéfico aún, de anegar el alma humana en piélago de luz, y de extasiarla con los magníficos acordes de la lira.

¡Oh profundo misterio cuya más sencilla obra es para nosotros incomprensible! Mi lengua está presta; está presta á seguir, á precipitar el curso impetuoso de las ideas que bullen en mi mente; mas, ¿cómo le será dado hacerlo? Mi corazón necesita expandirse, consolarse, comunicarse con otros corazones; y hé aquí que el sonido llega á ellos para ser trasmitido á el alma. Y la fuente de mis ideas bulle y bulle cada vez más, y se desborda sin jamás agotarse. Y el ardor de la palabra inflama mi espíritu, y el poder del sonido, levanta mi alma, porque un soplo efímero comunica al fugitivo pensamiento eterna duración.

Que tú ¡oh Creador! en tu bondad infinita, revelaste á la inteligencia humana el segundo secreto del Arte divino: le enseñaste á fijar el sonido, á darle forma, á encadenarlo por medio de los delicados caracteres de la escritura.

Cuando el espíritu, recogido, la interpreta en silencio, platica con algún espíritu ausente, con algún espíritu extraño; y saca de sí mismo ideas que no le fueron sugeridas ni por las letras, ni por las imágenes.

Y se lanza por lejanos espacios, y penetra en los profundos arcanos de un universo que no existe; y se le representan formas divinas, y su mirada escruta la conciencia de los sabios; y escucha, y admira de nuevo vuestros cantos inmortales ¡oh sublime Homero! ¡oh noble Osián!

¿Estáis acaso tan profundamente sepultados en las entrañas de la tierra, oh sacrosantos generadores de nuestro idioma, de nuestra poesía, de nuestras letras? ¡Oh vosotros, padres del canto, á quienes Dios mismo abrió los ojos y desató la lengua para que vieseis lo invisible, para que nombraseis lo innominado; para que expusieseis ante su pueblo á Aquel que no tiene formas y á quien no pueden percibir nuestros sentidos sino por obra de la palabra! ¿Dormís en el olvido, oh vosotros, cuya mano dirigió Dios mismo para que destruyeseis el imperio de la nada; vosotros, los que podéis describirnos de nuevo lo que El os hizo contemplar, y repetirnos lo que El os dijo? ¿No tiene ya acordes vuestra arpa? ¿No irradia claridades vuestra aurora?

Los veo, sí, los veo: hélos ahí que dormitan en sus sagradas tumbas. Y ¿osará mi mano levantar el velo sombrío que cubre tan venerables muertos? Aproxímome. ¡Cuánta luz irradian sus semblantes! ¡Cuán apacible el sueño que duermen! Celestiales acordes, cantos gloriosos arrullan mi oído. Hélos ahí que se alzan envueltos en sublime majestad:—Isaías, Job, Moisés y el Pastor; todos graciosamente coronados con las brillantes palmas de Israel.

En sus manos el arpa, en sus labios el canto: el canto, que brota en salmos tan harmoniosos como los que entonan las estrellas matutinas en torno al trono del Creador. Y mudos de sorpresa el Cielo y la Tierra, inclínanse de nuevo bajo la mano poderosa que los sacó de la nada para que celebrasen su gloria.

¡Arcángeles del canto! proseguid, proseguid en ese vuestro ondeante vuelo que os lleva cada vez más

allá, que os sublima cada vez más, ¡ay! sin dejarme ningún acorde de vuestra arpa, ninguna nota de vuestros himnos; siquiera una ráfaga de la tempestad que trasporta la gloria del Dios Vivo.—¿Y el himno del Omnipotente ha de dormir por largos días aún como criatura insensible? ¿Y la corona arrancada del árbol de la vida, será siempre para nosotros emblema roído por el tiempo; flor cuya fragancia embriaga el espíritu y lo extravía, y cuyo polen oscurece nuestra mirada?

¡Acudid, sombras sacrosantas! Venid á santificar mis labios, á bendecir mi lengua; que no hay ninguna indigna de repetir vuestros cantos, pues todos ellos celebran la gloria de Dios! Acorredme; y séame dado, á lo menos, mostrar la huella luminosa de vuestra planta, la sombra de vuestra imagen, ó repetir el eco de vuestras harmonías. Dadme descifrar fielmente á la par que los caracteres antiguos del libro de Dios, el sentir sencillo y sublime de vuestro espíritu.

Apuntaré, y nada más, lo que deban callar mis labios, y guardaré vuestra inspiración en el fondo de mi alma.

LA VOZ DEL MUNDO PRIMITIVO

¿De dónde vienes? ¿A dónde vas, oh voz de los antiguos tiempos? ¿Cómo pudo tu delicado, tu apacible soplo conservarse entre las tempestades de los siglos?

¿Procedes, acaso, del árbol de la vida y de la fuente sagrada del Edén? ¿O eres mensajera de proféticas sensaciones acerca de la Creación y del primer amor; ó vienes á revelarnos los misterios del árbol falaz; ó á narrarnos la historia de la cabaña del Padre; de la cabaña donde vivió vida de afanes y de dolores?

¡Ay! que no cantas ya sino hablas. Pues bien: dinos cómo pudieron romper las aguas los pode-

rosos diques que dispuso el Eterno sobre el revuelto Caos. Refiérenos el asedio que intentaron los ángeles rebeldes contra las potestades de los Cielos.

Y tú misma, dí: ¿cómo pudiste sustraerte de las poderosas olas del diluvio? Tú, la delicada, la aérea, ¿cómo pudiste resistir el movimiento terrible que dispersó los pueblos por sobre la haz de la Tierra?

Cuando las tormentas, cuando los huracanes devastaban el mundo, ¿te acogiste, acaso, á los pies del Padre, oculta bajo la orla de su manto? O envolviendo la rama de oliva de la cándida paloma, ¿fuiste mensajera de paz y de esperanza?

Sí, hija primogénita del Padre en el aliento humano. Eres gaje precioso de perfección, ministro de la ciencia, eco de la voz de nuestros bienaventurados genitores, con quienes te salvaste dentro del Arca en los temerosos días del Diluvio.

Y luégo, las ramas del árbol genealógico de la humanidad te dieron hospedaje; y viviste en los nombres de los brutos y de las cosas; y te encumbraste en los himnos que alzaron al Eterno los primeros cantores.

¡Salve, fragmentos dispersos de la historia del mundo primitivo! ¡Benditos seáis por haber dado al hombre la religión y la escritura!

CAPITULO II

MOISÉS.—EL PENTATEUCO

—Ofrécese en primer lugar á nuestra admiración en la literatura hebrea, un portentoso poema épico, cuyo argumento es la creación del Universo, y en el cual brillan antitéticamente la magnitud del asunto y la sencilla sublimidad de la narración.

—El antiguo Caos ocupaba el espacio; la Nada, suprema negación de los seres, misterio el más profundo que puede atormentar la inteligencia humana, en presencia de las maravillas de la Creación, iba á transformarse en El Génesis, es decir: en la vida bajo todas sus formas, desde la luz que reverbera en las alturas del cielo, hasta las tinieblas asentadas en el fondo del abismo; desde la oruga hasta el águila; desde el infusorio hasta el humano.

—Nunca se levantó la mente del hombre á mayor altura, así como nunca ostentó igual poder la palabra, no vistió formas tan galanas y magníficas, como en la epopeya mosaica. Refléjase la idea en la expresión, como la luz en la perspectiva; y la belleza plástica y la belleza ideal se confunden y compenetran con harmonía sublime que renace en el éxtasis de la naturaleza como el *hosanna* de la eternidad.

—Homero y Virgilio expresan lo sublime humano; lo sublime de Moisés es divino.

—Aquéllos nos inspiran admiración;— éste nos asombra y nos anonada.

«¡Oh Júpiter», exclama el más soberbio de los griegos, «vuélvenos la luz, y combate contra nosotros si te place.»

«Considera», dice Príamo al colérico Aquiles, al reclamar de éste el cadáver del Ultimo troyano; «considera el exceso de mi desgracia cuando me veo obligado á besar las manos teñidas en la sangre de mis hijos.»

«Yo tuve que sufrir la insolencia de un mancebo soberbio», dice Andrómaca á Eneas, «y subí cautiva á su lecho, y concebí en la esclavitud.»—

—Hé aquí lo que nos hemos atrevido á llamar lo sublime humano: movimientos magníficos, ideas grandiosas que se apoderan de nosotros y nos levantan á las alturas del heroísmo, ó nos inspiran gravísimo dolor. Comprendemos este sublime, lo sentimos, lo admira-

mos; y si en el momento mismo en que ejerce en nuestro ánimo su poderosa influencia, nos encontrásemos en la situación de los héroes de Homero ó de Virgilio, acaso seríamos capaces de proceder ó de hablar como ellos.

—Pero lo sublime de Moisés es divino: no podemos sentirlo, ni comprenderlo, ni admirarlo debidamente, porque no tenemos fuerza para ello; porque no podemos levantarnos á su altura, como no podemos contemplar en su foco la luz del astro-rey.

—Breves, brevísimas palabras bastan *al Cronista de los hechos de Dios* para dar idea del principio de la obra divina.

—La tierra, desnuda y vacía, giraba en el espacio cubierta con manto de tinieblas, bien así como el informe embrión yace en la matriz de la mujer, según la magnífica expresión de Eusebio; y el Espíritu de Dios, es decir: el aliento de la Omnipotencia que debía fecundarlas, se movía sobre las aguas.

—Y dijo Dios: SEA LA LUZ Y LA LUZ FUE.

—Extraña literatura la que hace de su dominio lo pasado, donde impera la nada, y lo porvenir que germina en los arcanos de la Providencia. Porque la epopeya que se desenvuelve en El Génesis no es la de un pueblo, ni la de una raza, sino la de la humanidad, como que principia con la creación del mundo y termina con la bendición de Jacob, en que se contiene el porvenir de las naciones, vinculado en los padres de las tribus, que habían de derramar la civilización por la faz de la Tierra.

—Pero no termina aquí la obra de Moisés. Después de haber asistido en espíritu á la creación del Universo y descrito la omnipotencia del Dios Vivo, narra en el Exodo la salida de Egipto y las varias aventuras del desierto, en cuyo campo caducan y mueren las costumbres idolátricas de Israel, para que este pueblo, nacido, crecido y conservado en el milagro, recibiese dignamente el sagrado depósito de la Ley.

—Si en El Génesis admiramos, humanamente hablando, la poderosa imaginación de Moisés y sus profundos, universales conocimientos, en el Exodo sube de punto nuestra admiración y nos poseemos de respeto, al leer los cánones constitutivos de aquella Ley, que ni tiene antecedentes en la Historia, ni en nuestra moderna civilización ha podido alcanzar plena vigencia, y que contiene, indudablemente, la última palabra del progreso.

—Vienen luégo El Levítico, vínculo de una casta sacerdotal al servicio de Dios; Los Números, expresión de la fuerza de Israel; y por último El Deutoronomio, especie de legislación póstuma, cuya autoridad pone Moisés, como el legislador de Esparta, bajo la sagrada salvaguardia de la muerte.

—Con razón ha dicho uno de los críticos más notables del siglo, de autoridad nada sospechosa, por cierto, que el Pentateuco es como la quinta esencia de la literatura hebraica, así por la alteza de los asuntos que en él se contienen, como por la variedad del colorido con que se desenvuelven y expresan. (*)

—Desde la Geología hasta el ritual de los sacrificios; desde las prescripciones higiénicas hasta las leyes civiles; desde la descripción minuciosa hasta la oda sagrada cuya lírica entonación se pierde en las alturas olímpicas,—grito del alma anonadada bajo el peso de los beneficios de la Divinidad; todo eso brilla con vida propia en El Pentateuco, como brillan en el firmamento las maravillas de la Creación.

—Por cierta coincidencia notable, los dos hombres que personifican las dos civilizaciones de mayor trascendencia en la historia:—Moisés y Homero, han sido blanco de los tiros de una crítica ingrata y estéril que así ha negado la existencia del Epico griego, como la paternidad literaria del Caudillo de Israel; pero de la

(*) Nöldeke.—Hist. literaria del Antiguo Testamento.

misma manera que á la luz de una disquisición ilustrada recobra su integridad la hermosa figura del cantor de Aquiles y de Ulises, á medida que se estudian más y más las costumbres orientales y los monumentos de la civilización de aquella época, resalta mayormente la grandeza de Moisés, y su paternidad literaria adquiere absoluta certidumbre.

Y no se alzó en Israel profeta semejante á Moisés, dicen las Sagradas Escrituras, *ni que fuera reconocido faz á faz por Jehová.*—Elogio rigurosamente verdadero, no sólo con referencia á lo pasado, sino también á los días que siguieron al legislador del Sinaí.

—En efecto: ¿quién puede compararsele entre los más esclarecidos varones del pueblo de Abrahán y de Jacob? Algo de su inspiración brilla en Samuel, pero el brazo de éste no fue poderoso á enfrenar los desórdenes del pueblo, ni siquiera las escandalosas disoluciones de sus propios hijos; sensible y justiciero era David, pero en él predominan los intereses del padre sobre los del rey; anegóse en concupiscencias la sabiduría de Salomón, y la riqueza de su córte preparó la división de Israel; y el grande Elías, es impotente para salvar al pueblo, que yacía encenegado en la servidumbre: «la república era un cadáver.»

—«Sólo Moisés», dice Herder, «levantó un monumento eterno: monumento que brotó íntegro de su intelecto, y que asentó sólidamente con brazo poderoso; monumento cuya armazón primitiva se construyó con piedras rústicas, y en el cual servían alternativamente al Dios de la familia los primogénitos de Israel.»

—El Pentateuco abunda en cierto atractivo singular que se debe á la forma de su exposición. Los cuadros que presenta, casi todos de sencillez infantil, cautivan el gusto más esquisito.

—Ningún libro contiene narraciones que puedan ser comparadas ó con las de El Génesis, ó con las del Exodo, ó con las del Levítico, ó con las de Los Números.

—La relación de la caída del primer hombre, el viaje de Eleazar á Mesopotania, la franca hospitalidad de Abrahán, los sufrimientos y las nobilísimas acciones de José, la Ley revelada en el Sinaí y tántos otros relatos, serán siempre modelos de narración, heroica é ingenua á un tiempo. Sólo en La Odisea hay pasajes que puedan compararseles.

ÚLTIMO CANTO DE MOISÉS EN EL CONCURSO DE LOS ISRAELITAS

¡Cielos! atended á mi voz: escucha, Tierra, las palabras de mis labios.

Fluyen apacibles mis discursos como la lluvia, y mi palabra cae gota á gota como el rocío: como la lluvia sobre tierna hierba; como el rocío sobre arbusto incipiente.

Por eso alzo cánticos al nombre de Dios.

Glorificad á Jehová nuestro Dios.

Roca inconmovible es Jehová. Sus obras por sobre todo vituperio, rectos sus caminos.

Acuérdate ¡oh pueblo! de tus días primitivos; invoca la sabiduría de las generaciones que duermen en el tiempo; pide á tu Padre que te descifre sus dictados; y dí á los ancianos que recojan en sus labios las palabras del Eterno.

Cuando el Altísimo repartió la tierra entre las gentes; cuando separó unos de otros los hijos de los hombres; puso límites á cada pueblo para que Israel tuviera espacio donde plantar sus tiendas; para que Jacob tuviera campo donde ejercer imperio.

Y encontró espacio, y encontró campo en el desierto: en las soledades donde no resonaban sino los mugidos de las bestias feroces. Y el Señor cogió á Israel en sus brazos para instrüirlo; y se lo puso sobre las niñas de los ojos.

Al modo que el águila recoge á sus polluelos bajo las alas y los protege, y cuando es ya tiempo los levanta en los aires para que tomen posesión del espacio infinito; así Jehová protegió y educó y enalteció á su pueblo.

Pero éste adoró falsos dioses, obra de las manos de los hombres; y el Señor apartó de él el rostro, y amontonó sobre su frente miserias y calamidades, é hizo que lo consumiese el hambre, y que lo devorasen los buitres, y que lo secase la peste; y aguzó contra él los dientes de las bestias feroces, y acumuló también contra él la ponzoña de las serpientes.

Fuéra, desolado fue por la espada; dentro lo anonadó el pavor. Y perecieron de hambre, el niño sobre el pecho de la madre y el anciano sobre la piedra del hogar.

Su viña, de los egidos de Gomorra, dió racimos amargos. Hiel de dragones, veneno de áspides fue su vino.

Y Jehová, Juez de su pueblo, Jehová afiló su espada en las nubes; y armó su diestra para juzgar; y embriagó en sangre sus saetas; y pereció por segunda vez toda carne.

CAPITULO III

I EL LIBRO DE JOSUÉ.—II EL LIBRO DE LOS JUECES. III CÁNTICOS DE VICTORIA DE LOS ISRAELITAS.

I

—Cuando Moisés, asediado por todas partes, reta á Amalec, comienza á escribir el libro de LAS GUERRAS DE JEHOVÁ, que fue continuado después de la muerte del egregio Caudillo, pero del que apenas quedan algunos fragmentos.

— El primero de estos fragmentos es el que celebra la victoria de Moisés sobre Amalec.

«Quiero destrüir, quiero borrar de sobre la haz «de la Tierra la memoria de Amalec.»

—El altar que construyó Moisés y al que llamó JEHOVÁ, MI BANDERA DE VICTORIA, tiene explicación del todo poética, como lo prueba el siguiente pasaje:

«Porque mi diestra se había alzado hacia el «trono de Jehová. La guerra de Jehová será contra «Amalec y se perpetuará de generación en generación.»

—La diestra de Moisés había permanecido alzada durante la batalla, implorando la protección de Jehová; y como fuera necesario que la sostuviese una piedra, confirmóse ésta con el nombre de BANDERA DE VICTORIA.

—Los otros fragmentos salvados de este libro, contienen algunos cantos. Hé aquí el que celebra la victoria de Israel sobre los amorreos:

«Acudid á Kesbón: constrüid y fortificad á Sïón. «Fuego brotó de Kesbón; nube flamígera salió de Sïón; «y devoradas fueron las montañas y los habitantes de «las alturas de Arnón.»

«Desgraciado de tí, Moab; desgraciado de tí, pue«blo de Kemos, perdido para siempre. Tus hijos fugi«tivos y sin patria; reducidas á cautiverio las hijas de «los amorreos: al cautiverio de los reyes de Sïón.»

«Quebrantado ha sido el yugo. Desde Kesbón «hasta Debón, todo lo hemos arrasado. Y hasta Nophah «y hasta Medeba, devastado queda todo y cubierto «de ruinas.»

—Excítanse mutuamente de este modo los israelitas á entrar en la tierra conquistada de Kesbón y de Sïón, gloriándose de haber vencido á los vencedores de Moab, y celebrando las hazañas del enemigo para enaltecer las suyas propias.

—El LIBRO DE JOSUÉ no ofrece ningún fragmento del de las GUERRAS DE JEHOVÁ.

—Ataca Josué á los amorreos desde las primeras

horas del día, y el combate se prolonga hasta la noche, es decir: de sol á sol; lo que parece era necesario para alcanzar la victoria.

—¡Hermosa poesía! El sol y la luna (porque Josué persiguió al enemigo durante la noche) fueron testigos de la inaudita hazaña; y como sobrecogidos de sorpresa, detuviéronse ambos astros en el firmamento para contemplar é ilustrar la victoria.

II

La vida, el alma del Libro de los Jueces es la narración de estos heroicos hechos. Todo en él pone de manifiesto el espíritu de la época y la ardiente juventud de un pueblo montaraz recientemente organizado y á menudo oprimido, como que la libertad individual y el orden público no se han arraigado aún en él, pero en quien se advierte ya el entusiasmo por la independencia nacional, si no en el conjunto del pueblo, en sus heroicos conductores. Esta época podría llamarse la éra poética por antonomacia de Israel.

—Las épocas de orden civil y político, de serena prosperidad y de costumbres rígidas, si las más felices para las naciones, no son, empero, las más propicias y favorables á la Poesía, que para brillar en todo su esplendor, necesita cantar con limitada libertad las acciones arriesgadas, las pasiones violentas, las aventuras extraordinarias.

«En esta época», dice el Libro de los Jueces, «no había rey en Israel, y cada cual procedía en justi«cia según el dictado de su conciencia.»

—Desde el momento mismo en que alguien se señalaba por alguna acción valerosa, siquiera fuese de poca importancia, reputábasele como impulsado por el espíritu del Jehová; como que el Dios nacional lo ha-

bía llamado á la realización de heroico proyecto.

—Así se explica la hazaña de Jehú, cuando movido por Jehová, cierra, espada en mano, contra el tirano extranjero. Las palabras que profiere el Caudillo judío, contienen más espíritu nacional que nuestras modernas victorias, selladas con la sangre de millares de inocentes. Todo dependía entonces del valor y de la fuerza individual; y hé ahí por qué el elogio público y la gratitud nacional del canto victorioso de Débora, la sibila de Israel, corresponden por completo á Jahel, la mujer de Haber.

III

—Y cantaron Débora y Barac, hijo de Abinoen, en aquel día, diciendo:

Los de Israel que espontáneamente expusisteis vuestras almas al peligro, bendecid al Señor.

Oíd, Reyes, escuchad, Príncipes: yo soy, yo soy la que cantaré al Señor: diré una canción al Señor Dios de Israel.

Señor: cuando salías de Seír y pasabas por las regiones de Edón, conmovióse la tierra; y los cielos y las nubes destellaron aguas.

Derritiéronse los montes delante del Señor: el Sinaí mismo se inclinó á la presencia del Señor Dios de Israel.

En los días de Sangar, hijo de Anat; en los días de Fahel, enmudecieron los caminos; y los que entonces transitaban anduvieron por veredas desvïadas.

Cesaron los fuertes en Israel y dejaron de ser hasta cuando se levantó Débora; hasta cuando se levantó una madre en Israel.

Nuevos combates se escogió el Señor y El mismo

derribó las puertas de los enemigos: no se vió escudo ni lanza en los cuarenta mil de Israel.

Mi corazón amará á los príncipes de Israel.

Los que de propia voluntad os ofrecisteis al peligro, bendecid al Señor.

Los que cabalgáis sobre lucidos asnos, y os sentáis para juzgar, y andáis por el camino; hablad, hablad.

En donde fueron estrellados los carros y fue sufocado el ejército enemigo, allí sean cantadas las justicias del Señor y su clemencia para con los fuertes de Israel: entonces el pueblo del Señor descendió á las puertas y recobró su señorío.

Levántate, levántate, Débora: levántate y entona un cántico: levántate, Barac, y echa mano de tus cautivos, hijo de Abinoen.

Se han salvado las reliquias del pueblo; el Señor combatió entre los valientes.

Uno de Efraín los derrotó en Amalec, y después de él uno de Benjamín contra tus pueblos, oh Amalec.

De Machir descendieron los príncipes: y de Zabulón los que acaudillaron el ejército para guerrear.

Los caudillos de Isachar fueron con Débora y siguieron las pisadas de Barac, el cual se arrojó al peligro como á un precipició y á un abismo.

Dividido Rubén contra sí mismo, se hallaron en contienda sus hombres de valor.

Galaad estaba en reposo á la otra parte del Jordán; y Dan atendía á sus navíos.

Aser habitaba en la costa de la mar y se mantenía en sus puertos.

Mas, Zabulón y Nephalí ofrecieron sus almas á la muerte en el país de Merome.

Vinieron los reyes y pelearon; pelearon los reyes de Canaán en Tanae, junto á las aguas de Mageddo; mas no llevaron ninguna presa.

Del cielo se combatió contra ellos: las estrellas, en orden de batalla, pelearon contra Sísara.

El torrente de Cisón arrastró sus cadáveres; el torrente de Cadumine, el torrente de Cisón: huella, oh alma mía, los campeones.

Rompiéronse los cascos de los caballos huyendo con ímpetu, y cayeron en precipicios los más valerosos de los enemigos.

Maldecid la tierra de Meroz, dijo el Angel del Señor: maldecid á sus habitadores, porque no vinieron al socorro del Señor, en ayuda de sus más esforzados guerreros.

Bendita entre las mujeres Jahel, mujer de Haber Cineo; y bendita sea en su tienda.

Dio leche al que le pedía agua, y en taza de príncipes le presentó manteca.

Tomó en la mano izquierda un clavo y en la derecha un martillo de obrero; y buscando en la frente lugar para la herida, dio á Sísara el golpe, taladrándole con gran fuerza una sien.

Cayó á los pies de la valerosa hembra; perdió las fuerzas y murió: á los pies de la valerosa hembra se revolcaba y quedó exánime y miserable.

La madre de Sísara, mirando por la ventana daba alaridos, y decía desde su cuarto: «¡Cómo tarda en «volver su carro! ¿Por qué son tan pesados los cascos «de sus caballos?»

Una de sus mujeres, más advertida que las otras, respondió estas palabras á la suegra:

«Quizá está ahora repartiendo los despojos, y se «está escogiendo para él la más hermosa de las muje- «res: quizá vestidos de diversos colores se dan á Sísa- «ra por despojo, y se amontonan varios arreos para «adornarle el cuello.»

Así perezcan, Señor, todos tus enemigos; y así brillen los que te aman como resplandece el sol en el oriente.

Y estuvo la tierra en paz cuarenta años.

CAPITULO IV

POESÍA PASTORIL.—EL LIBRO DE RUTH

—Ignórase quién sea el autor de este precioso poema pastoril, que los expositores cristianos refieren á los días de Débora.

—Algunos de aquéllos indican que se escribió en el reinado de David, al propio tiempo que el LIBRO PRIMERO DE LOS REYES, dando por autor de ambos al profeta Samuel.

—Sea quienquiera el autor del Libro, la literatura hebrea le debe uno de los más vistosos florones de su corona; y las buenas letras humanas un dechado ejemplar no igualado, ni menos aventajado en ninguna literatura, sin exceptuar la griega.

—La figura de Ruth es de sorprendente originalidad, así por la gracia como por la inocencia; y cuando el poeta anónimo nos la presenta en compañía de su suegra Noemi, nos encontramos como en faz de la candidez confïada y sencilla y de la prudencia.

—Tres mujeres encuéntranse viudas en tierra extranjera: una de ellas, entrada ya en años, Noemi, viuda de Elimelec y madre de los ya difuntos maridos de Orfa y de Ruth, quiere dejar la tierra de Moab, donde peregrinaba, y regresar á la patria de sus mayores, por haber oído decir que el Señor había vuelto la vista hacia su pueblo y dádole qué comer.

—Salió, pues, del lugar de la peregrinación con sus dos nueras, dice la Biblia; y cuando estaban en camino de la tierra de Judá, les dijo:—«Id á la casa de vuestra madre. El Señor haga con vosotras misericordia, como lo hicísteis vosotras con los difuntos y conmigo, y os conceda que halléis descanso en las casas de los maridos que os han de caber en suerte.»—

Y las besó; y ellas, alzando la voz, se pusieron á llorar, y dijeron á Noemi: — «Contigo iremos á tu pueblo.»

—Entra Noemi á disuadirlas del propósito, apelando para ello á razones expresadas en frases que sólo se encuentran en las letras hebreas. — «Volveos, hijas mías», les dice. «¿Para qué venís conmigo? ¿Por ventura tengo yo más hijos en mí vientre para que podáis esperar de mí nuevos maridos?»

—Las jóvenes viudas rompieron de nuevo á llorar; pero Orfa besó á su suegra y volvióse á su pueblo; no así Ruth, que no quiso desasirse de ella.

—En vano esfuérzase Noemi en persuadir á Ruth para que siga el ejemplo de Orfa y vuelva á su pueblo. El corazón de la moabita, no su entendimiento, le dicta frases de irresistible, candorosa elocuencia, que, de seguro, anegarían en lágrimas los ojos de Noemi.

«No me impongas ya que te deje y me vaya, « porque donde quiera que fueres iré; y donde tú mo- « rares yo también moraré. Tu pueblo será mi pueblo, « tu Dios será mi Dios. La tierra que te recibiere en tu « muerte, en esa moriré, y allí tendré el lugar de mi « sepulcro.

«Y llegaron á Betlehén; y luégo que entra- « ron en la ciudad prontamente esparcióse entre todos « la fama, y decían las mujeres: —Esta es aquella Noe- « mi. —A las cuales dijo ella: — No me llaméis Noemi « (la hermosa), sino llamadme Mara (la amarga); por- « que el Todopoderoso me ha llenado en extremo de « amargura.»

—Refiere luégo el poema cómo llegaron á Betlehén cuando comenzaban á segarse las cebadas; y cómo, inducida por Noemi, fuése Ruth á espigar en el campo de Booz; y cómo éste les ordenó á sus criados diciendo: — « Aunque ella quiera segar con vosotros no « se lo estorbéis.»

—Aconsejada por Noemi lavóse Ruth, y ungióse,

y se puso sus mejores vestidos; y una vez que Booz se fué á dormir, llegóse á él y *se echó y tendió*, dice el poeta bíblico, por la parte de los pies de la cama, y alzó la capa de Booz y se cubrió con ella.

«Y hé aquí que á media noche despertó el hom-
«bre despavorido y turbado, y vio una mujer echada á
«sus pies, y díjola: —¿Quién eres? —Y ella respondió: —
«Yo soy Ruth, tu esclava: extiende tu capa sobre tu
«sierva porque eres mi pariente. Y él dijo: —Hija:
«bendita seas del Señor, porque has excedido tu pri-
«mera bondad con esta de ahora; porque no has bus-
«cado jóvenes pobres ó ricos. . . . .

. . . .

«Todo el pueblo que habita dentro de mi ciudad sabe
«que eres mujer de virtud.»

—El casamiento de Booz con Ruth termina el poema, no sin trazar en breve pero animado cuadro los ritos ceremoniales del caso.

—Había cierta costumbre antigua en Israel entre los parientes. Y era: que cuando el uno cedía su derecho al otro, para que la cesión fuese válida, quitábase el cedente un zapato y se lo daba al cesionario.

—Dijo, pues, Booz á su pariente: —«Quítate el
«zapato; y él al punto quitóselo del pie.»

—Verificada en tales términos la cesión, tomó Booz á Ruth por mujer, diciendo á los ancianos del pueblo: —«Vosotros sois testigos.» Y respondieron los ancianos: —«Nosotros somos testigos.» Haga el Señor con esta mujer que entra en tu casa, como con Raquel y con Lía, las cuales edificaron la casa de Israel.

—La voz profética de Israel referente al Mesías Salvador, pone término á este poema, que nos ha conservado el oloroso candor de las primitivas edades.

CAPITULO V

POESÍA LÍRICA.—DAVID

—Después de la maravillosa epopeya de El Génesis, la más perfecta de cuantas posee el tesoro literario de la humanidad, pues que entran á formarla Dios, la naturaleza y el hombre, es decir: —la omnipotencia, la fecundidad y el ilimitado deseo; después del Pentateuco siguen libros históricos tales como el de Josué, el de los Jueces, el de Samuel, el de los Reyes, el de las Crónicas y el de los Macabeos; y narraciones poéticas como la de Ruth, la de Esther, la de Judit, la de Tobías, intercaladas con las obras proféticas ó cánticos sagrados en que se aspira ya la grata fragancia de la lírica hebrea, que á veces enerva, á modo de filtro erótico, á veces arrebata y sublima, á veces asombra y abate. Porque son tan antiguas las formas líricas en la poesía hebrea, que, aun en el estado primitivo del Arte, surge ya en ella el lirismo, al modo de las nativas y graciosas florecillas, que, de trecho en trecho y con belleza peregrina, se ostentan en la majestuosa vegetación de las altas montañas. Así: entre la altisonante entonación que domina en El Génesis, oímos la voz apacible del patriarca Jacob, cuyo espíritu se derrama en proféticas bendiciones sobre la frente de los padres de las tribus; envuelta en el estrépito formado por la caída de las aguas del Mar Rojo, álzase la voz de Moisés en celebración de la gloria de Jehová; el cántico de Balaán y algunos antiquísimos fragmentos de poesía lírica, interrumpen las áridas enumeraciones de Los Números; el de Débora domina el bélico tumulto de los Jueces; y el Libro de Samuel queda indeleblemente sellado con la imponderable elegía en que el Rey-Poeta lamenta la muerte

de los buenos que cayeron en la tierra infanda de Gelboé.

—No es ésa, empero, ni con mucho, la voz lírica de Israel; aquella voz que domina los gritos de las águilas, los rugidos de los leones, el piafar de los corceles; voz cadenciosa como los rumores del lago de Genezaret, cuando en el silencio de la noche quiebra sus ondas sobre los guijarros de la playa; terrible como el trueno que retumba en el Líbano; prolongada, continua, misteriosa como los ecos del desierto. Nó: no es ésa la voz del pueblo de Israel, sino apenas sus hermosos preludios. Para gozar de ella en toda la plenitud de su arrobadora harmonía, es necesario oírla vibrar en el arpa del Rey-Poeta.

—¡Qué hermosa es la figura de David, y cómo se le ve misteriosamente conducido por los arduos senderos de la tierra! La vida pastoril lo prepara para la doble gloria que ha de alcanzar como guerrero y como poeta. Sus conferencias con las estrellas durante largas noches; sus laboriosas fatigas bajo el calor del día; sus diálogos con los truenos y con los relámpagos entre el fragor de las tempestades, infundiéronle aspiraciones misteriosas hacia lo infinito: numen ardiente, rápido, preciso, que se transforma en palabras y frases de atrevida resonancia, casi siempre truncadas en los labios por la precipitada afluencia de la emoción.

—De aquella vida salvaje, á la par que sublime, salió el cantor de Israel maduro ya para los triunfos que dan el poderío y el Arte. Por eso cuando se apercibe á combatir con el gigante filisteo, recuerda haber vencido al león que le destrozaba el rebaño; y cuando describe la carroza de Jehová, compárala al piélago de nubes bañadas de luz que arrastra el viento por las cumbres del Líbano.

—La Poesía es el alma del heroísmo, como el heroísmo es la forma más bella de la Poesía. ¿Qué es el

héroe sino el poeta en acción? Cuando Colón arranca á América de las prisiones del Océano; cuando los franceses del 89 demuelen el mundo feudal entre los estupores de Europa; cuando el primer Napoleón, nuevo Cambises, huella con planta férrea los áridos huesos de los Faraones; cuando Bolívar apostrofa al Genio de América desde las etéreas alturas del Chimborazo: ¿qué son tales hombres sino los grandes, los inspirados poetas de los pueblos? No importa que algunos de estos entes superiores asombren con faltas la soberana belleza de sus obras: la posteridad, volviéndose de espaldas, cubre aquellas faltas con el piadoso manto del olvido: las sombras quedan bañadas en vivísima luz.

—David fue el héroe de sus propios cantos. Su vida es un poema de multiforme harmonía: poema que participa á un tiempo de la antigua epopeya por lo sobrenatural y del drama moderno por la animación; epopeya y drama que se confunden en una expresión lírica, ardiente como el vino de las viñas de Engaddí, sublime como la idea de Dios, brillante y vaporosa como los espejismos del desierto.

—El santuario de tal belleza son los *Salmos*.

«Hasta hoy», dice un célebre literato contemporáneo, «no se comprendían los *Salmos* en todos sus «pormenores, en toda la variedad de su expresión; «porque sólo se tenían imperfectas noticias de la na«turaleza y de los hábitos de Siria. El estilo de «David es un traslado constante del colorido y de la «fisonomía de los lugares donde canta; sus imágenes «están tomadas de las colinas y de los valles del país «de Canaán, de las perspectivas del desierto, de la vida «pastoril, tal como se encuentra hoy mismo bajo las «tiendas de los árabes. El pelícano de las soledades «de Idumea; el gorrión, que deja oír su débil canto «entre las pálidas ramas del olivo; la paloma, que gi-

«me en la copa de la palmera ó del ciclamor; el águila «de Sannín, que se aparece al viajero como antiguo «testigo de la gloria de Jehová; aquellos altos cedros «del Líbano que sólo el Señor puede abatir, y aquella «yerbecilla escondida al pie de estéril roca, pero visi- «ble á los ojos de Dios lo mismo que las selvas de la «montaña; toda aquella naturaleza, que no se parece «en nada á ninguna otra, bulle en el *krinnor* del Rey- «poeta, con aliento de vida inmortal. Preciso es haber «oído retumbar el trueno en las montañas de Judea; «preciso haber escuchado resonar y prolongarse sus «estampidos de valle en valle con formidable majes- «tad, para comprender la naturalidad de las imágenes «con que David habla del trueno como de la voz del «Eterno; ni creo engañarme al añadir qne la idea del «Dios terrible en los cantos de David, es hija del som- «brío y tremendo espectáculo de las tempestades en las «montañas de Judea.» (*)

—Pero para sacar de aquella lengua unísona como el viento del desierto, indecisa como el tumbo del trueno, abrupta como las montañas del Oreb; para sacar de aquella lengua enjuta y pobre, relativamente hablando, que apenas dispone de corto número de adjetivos y de conjunciones, y expresa casi siempre en presente las acciones de los seres; para arrancar, decimos, de tal instrumento sonidos majestuosos, acordes sublimes, necesitábase del alma de David, quien, á manera de águila, álzase hasta el foco del Sol y lanza desde allí gritos vigorosos que conmueven el espacio. Porque, así como el arco de Ulises pedía poderoso brazo de acero para lanzar la flecha contra el blanco, de la propia manera la lengua hebrea pedía alma heroica para mover la palabra y lanzarla rauda, irresistible, impetuosa, envuelta en la viva luz de la idea, al cielo empíreo, imán del Rey-poeta.

———

(*) Poujulat—Historía de Jerusalén.

—Rica en extremo debió ser la lírica hebrea, no sólo en el estilo ó tono religioso, sino también en el profano (erótico ó báquico); mas, así y todo, era tal el numen de David, que, á pesar de las claras demostraciones de la crítica moderna para no reconocer como de él sino ochenta y cuatro salmos, el nombre del dulce cantor ha llegado á constitüir el timbre de todo el SALTERIO; acaso para manifestar, cosa indudable, que los inspirados poetas de Israel no son sino imitadores de aquel sublime ingenio, tan hábil en manejar la honda y la lanza, como en mover el plectro.

—En efecto: ¿quién ha igualado á David como poeta lírico? La literatura moderna se enorgullece, y con razón, de poseer líricos que han alcanzado en el tiempo la perfección del Arte; pero David, si canta en el tiempo, endereza sus cantos á la Eternidad. Diríase que su inspiración, como la luz, ilumina la tierra sin detenerse en ella, para ir á perderse en el piélago de lo infinito; y que, á fuerza de cantar el sagrado nombre del Dios-Vivo, sus labios han cobrado el fuego abrasador del ascua que consume los sacrificios.

—Creen algunos que las formas subjetivas de la Poesía pertenecen á la literatura moderna: y sin embargo, ni Gallego, ni Quintana, ni Byron, ni Lamartine, ni Víctor Hugo, ni Heine, ni Becquer, ni Núñez de Arce, reyes con otros, de aquel estilo, lo han manejado aproximándose siquiera á David.

«Sentí que se inflamaba mi corazón», dice el Rey-poeta; «y en mi meditación se encendían llamas de «fuego.»

«Solté mi lengua diciendo:—Señor, hazme cono-«cer mi fin y cuál es el número de mis días.»

«Cierto que habéis señalado á mis días término «corto, y toda mi vida es como nada en vuestra presen-«cia.»

. . . .

. . . .

« No acabéis con mi vida: ¿cómo podré después
« de muerto cantar vuestras misericordias? Nó, Dios
« mío: no pueden celebrarla las frías cenizas del se-
« pulcro. »

« Me aflijo y suspiro sin cesar ; y cuando los otros
« descansan por la noche, velo yo, inundando con lá-
« grimas mi lecho, y regando con lágrimas mi estrado. »

—Dificultoso parece que el dolor humano encuentre nuevas expresiones para verter la emoción del alma; y sin embargo, la musa de Siloé es inagotable como las aguas de caudaloso río. Oídlo clamar desde el tenebroso abismo del pecado:

« Tened piedad de mí, Dios mío, según la gran-
« deza de vuestras misericordias. »

« Contra Vos sólo pequé, y en vuestra presencia
« cometí la maldad: perdonádmela, Dios mío. »

« Atended, para moveros á compasión, á que en
« iniquidad original me engendró mi padre y á que en
« pecado fui concebido de mi madre. »

—Si los acentos íntimos de David son admirables, elévanse á lo sublime cuando celebra la grandeza de Dios en sí misma ó reflejada en el Universo.

—Oídlo describir el poder del Altísimo:

—« Inclinó los Cielos y bajó á socorrerme: densas
« nubes cubrían sus pies. »

« Subió en un carro tirado de veloces querubines,
« y voló como si fuese llevado en alas de los vientos. »

« Alzó alrededor de sí oscuro pabellón que lo ocul-
« taba: las nubes que lo cubrían amenazaban tempes-
« tad á los mortales. »

« Cuando, abriéndose camino por en medio de las
« nubes el resplandor de su terrible majestad, se re-
« solvieron éstas en granizo y en rayos encendidos de
« furor, »

« Oyéronse espantosos truenos por el aire, y á la
« voz del Altísimo partieron los rayos y el granizo, para
« vengar mis ultrajes. »

« Abrióse la tierra, y descubriendo sus entrañas, se « dejaron ver hasta los insondables abismos de las aguas. »

« Al oír, Señor, vuestras amenazas; al soplo del « irresistible viento de vuestra ira. »

« Entonces, en medio de aquella tan deeshecha « tempestad, me alargó la mano desde el Cielo, y me « salvó de la terrible inundación. »

—Y luégo, como atormentado por la resonancia de su propio lenguaje, ablanda los alambres de la lira con el rocío de la mañana, báñalos con los primeros rayos de la aurora, y entona un idilio en que bulle la rïente harmonía de la naturaleza.

« Los cielos », canta, « publican la majestad y sabi- « duría del Dios que los creó; y el firmamento mismo « nos está convidando con su hermosura á que admire- « mos en él las grandes obras de un poder infinito. »

. . . .

. . . .

« En los cielos, que Dios extendió como espa- « cioso tabernáculo, dió asiento al sol; el cual, seme- « jante á esposo gallardísimo, que con las más vistosas « galas sale por la mañana del tálamo nupcial,

« Se descubre en Oriente; y á semejanza de ro- « busto é infatigable atleta, con veloces pasos

« Hace su carrera desde el un cabo hasta el otro « del Cielo, sin que haya quien no participe de su calor « y de su luz. »

. . . .

« A una sola palabra del Señor », dice en otro sal- mo, « fue fabricada la solidez de los cielos; y á un solo « aliento de su boca salió de la nada todo el hermoso « ejército de brillantes estrellas que los adorna. »

« Encerró, como en un vaso, las aguas de los ma- « res, y en las concavidades de la Tierra, que son como « receptáculos, contiene sus abismos. »

. . . .

—Tal es la poesía de David.

—Todo ha concurrido á inmortalizar los cantos del Gran lírico hebreo. La vida del Poeta: vida de lúcha sin tregua, de sacrificios y de terribles pruebas al principio; de victorias y de triunfos luégo; y, por último, de soberana grandeza, refléjase con perfecto brillo, con terribles sombras, en la obra de su ingenio; ó, mejor dicho: de su alma; y realza, si cabe, el prestigio de la belleza.

—Y es tal la verdad, alma de los cantares del Bardo-rey, que la humanidad ha visto en ellos la expresión fiel de todas las emociones del alma, desde el silencioso dolor que se repliega tristemente sobre sí mismo, hasta la bulliciosa alegría que se asimila las manifestaciones de la naturaleza y las asocia á la santa embriaguez de sus ensueños.

—Aprendemos los *salmos* en la voz cariñosa de nuestra madre, cuando, con amor indecible, nos inculca en el alma la adoración por la Divinidad; los recitamos en las varias situaciones de la vida, ora para afrontarnos con las tribulaciones, ora para entonar himnos de admiración y de alabanza; y cuando caemos en los piadosos brazos de la muerte, la voz del Bardo de Israel acude á arrullar nuestro último sueño, para que nos sean propicias las regiones de la Eternidad.

—Hé ahí el destino de la poesía lírica. Soñar los sueños generosos de la juventud; cantar las victorias ó gemir las desgracias de la edad viril; y lamentar la pérdida de las ilusiones, cuando el crepúsculo de la muerte ocupa, silencioso, la zona encantada de nuestros días floridos.

—Eso hizo David; y por ello, vivirá siempre en la memoria de la humanidad, cuyas faces psicológicas reproduce fiel y sucesivamente, como el eterno Proteo del Arte.

———

CANTO ELEGÍACO DE DAVID, CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SAÚL Y DE JONATÁS

Herido caíste ¡oh león de Judá! sobre las alturas de los montes.

Recuerda, Israel, á los que sucumbieron en las alturas.

¿Cómo se dio que cayeran los valientes?

¡Silencio! No lo digáis en Get, ni llevéis la desastrosa nueva á las calles de Ascalón, para que no se alegren las hijas de los filisteos; para que no se enardezcan de júbilo las hijas de los incircuncisos.

¡Montes de Gelboé! de hoy más ni el rocío ni la lluvia caigan sobre vosotros, ni haya vendimia en vuestro suelo; porque en él fue quebrantado el escudo de los héroes:—el escudo del Rey; como si éste no hubiera sido ungido con el óleo santo.

Nunca voló del arco la flecha de Jonatás sin teñirse con sangre de valientes; ni la espada de Saúl, reflejó, ociosa, la luz de los cielos.

Juntos vivieron Saúl y Jonatás, unidos por amoroso vínculo; y juntos bajaron al imperio de la muerte.

Ambos intrépidos: raudos como águilas, fuertes como leones.

Llorad sobre Saúl ¡oh hijas de Jerusalén! Sobre Saúl que no os vestirá ya de escarlata, ni os ataviará con joyeles de oro, para que brilléis en las fiestas á los ojos del pueblo.

¡Ay! ¿cómo cayeron los valientes? ¿Cómo cayeron sobre el campo de batalla?

Jonatás, corzo amable: herido fuiste; herido en la altura del monte.

Por tí, hermano mío, reboza mi pecho de amargura. Tú, bello sobre toda belleza; amable sobre el amor de las mujeres.

Como la madre á su hijo único, así te amaba yo.
¡Ay! ¿cómo cayeron los valientes?
Las armas y los escudos de los héroes yacen rotos en torno de ellos.

———

SALMO

PRIMERO Y SEGUNDO COROS.—Alabad á Jehová.

PRIMER CORO.—Gustosa á nuestro Dios y decorosa es la alabanza.

SEGUNDO CORO.—El Señor que edifica á Jerusalén congregará á los dispersos de Israel.

PRIMER CORO.—El cura los corazones lacerados y venda las heridas de los que padecen.

SEGUNDO CORO.—El cuenta la muchedumbre de las estrellas y las llama á todas por su nombre.

PRIMER CORO.—Jehová ayuda al oprimido y lo levanta.

SEGUNDO CORO.—Jehová abate al opresor y lo hunde en el polvo.

PRIMER CORO.—Adelantaos á cantar al Señor con alabanza: tañed salmos á nuestro Dios con cítara.

SEGUNDO CORO.—El cubre el cielo de nubes y vierte lluvias sobre la tierra.

PRIMER CORO.—El produce en los montes heno y hierba para el servicio de los hombres.

SEGUNDO CORO.—El da á las caballerías el manjar de aquéllas, y á los hijuelos de los cuervos que claman á El los alimenta.

PRIMER CORO.—No se recreará en la robustez del caballo ni en los pies robustos del hombre.

SEGUNDO CORO.—Complácese el Señor en los que lo temen y en los que esperan en su misericordia.

Primero y segundo coros.—Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sïón á tu Dios; porque fortificó los cerrojos de tus puertas; porque bendijo á tus hijos dentro de tí, y te dio por términos la paz, y te regaló con abundancia de trigo.

Primer coro.—El envía su palabra á la tierra, y velozmente corre su palabra. El manda la nieve como copos de lana; como ceniza esparce la niebla. El envía el hielo en aludes: ¿quién resistirá sus aludes de hielo?

Segundo coro.—Soltará su palabra y correrán deshechos los hielos; pasará su aliento y las aguas volverán á correr.

Primero y segundo coros.—El ha instituído á Jacob por depositario de su palabra; El ha dictado sus juicios y sus sentencias á Israel. ¿Con cuál otro pueblo hizo otro tánto? ¿A qué otra nación regaló con sus leyes? ¡Alabad á Jehová!

CAPITULO VI

CONTINUACIÓN DE LA POESÍA LÍRICA.—LAMENTACIONES DE JEREMÍAS

—No obstante ser el Salterio la flor de la lírica hebrea, encontramos otra notabilísima colección de poesías de aquel género en las Lamentaciones ó Trenos de Jeremías, que tan justa fama han alcanzado; siendo de advertir que en estas últimas la entonación es eminentemente nacional.

—Porque mientras las pocas elegías que se leen en los libros históricos tienen por asunto las penas de algún individuo, las Lamentaciones lloran el tristísimo destino del pueblo judío y la ruina de Jerusalén; en una palabra: el término de la vida nacional.

—Hé aquí cómo principia el Profeta-poeta: — «Y «aconteció que después de que Israel fue reducido á «cautiverio y quedó desierta Jerusalén, sentóse el pro- «feta Jeremías, llorando, y endechó sobre Jerusalén «esta lamentación; y suspirando con amargura de áni- «mo, y dando alaridos, dijo: —¿Cómo está sentada so- «litaria la ciudad ayer llena de pueblo? Ha quedado «como viuda la señora de las naciones: la princesa de «las provincias ha sido hecha tributaria.»

—Esta patética introducción basta para dar idea de la calamidad caída sobre Jerusalén y del poderoso estro del Poeta. ¡Qué cuadro el del anciano profeta sentado en las ruinas de la Ciudad santa, exhalando doloridas quejas sobre los males por él mismo predichos; males que en vano quisiera apartar del pueblo con advertencias y predicaciones; males ciertamente merecidos, pero que no por eso dejan de destrozarle el corazón!

—Las LAMENTACIONES narran las desgracias de la Ciudad y del pueblo, desde la catástrofe que predijo y padeció el mismo Jeremías, hasta la agonía y la muerte de Jerusalén; y ello con tal viveza de colores y tan expresiva tristeza en las imágenes, que bien puede decirse pesa sobre el dolorido cantor la calamidad que agobia á la Patria.

—«Los caminos de Sión están de luto,» dice, «porque no hay quien venga á las solemnidades; las «puertas destrüídas, los sacerdotes gimiendo, las don- «cellas desaseadas, y ella oprimida de amargura.»

—Y para complemento de la desolación: — «No «hay ley,» añade; «los profetas no hallaron la visión «del Señor.» Frase que lo expresa todo con aterrador laconismo; porque cuando muere la justicia en la tierra y no baja de lo Alto inspiración para los buenos, es imposible la redención de las generaciones actuales.

—Por eso, según la expresión del Profeta, callan, sentados sobre la tierra, los ancianos de la hija de Sïón, y polvoréanse con ceniza la cabeza, y cíñense con cilicio; y hunden la frente en el polvo las vírgenes de Jerusalén.

—El cuadro que traza Jeremías del hambre caída sobre Jerusalén, hace erizar los cabellos:—
«El dragón dio de mamar á sus hijos, la fiera dio le-
«che á sus cachorros: la hija de mi pueblo fue crüel
«como el avestruz en el desierto. La lengua del niño
«de pecho se quedó pegada al paladar por la sed; los
«que comían deliciosamente en los palacios murieron
«de hambre en las calles; los que se crïaron en la
«púrpura revolcáronse en el estiércol.»

—«Las LAMENTACIONES,» dice uno de los más famosos literatos españoles (Juan Donoso Cortés), «son como el paño fúnebre que echa Jeremías sobre la ciudad de David.»—Dicho enérgico y expresivo porque pinta la calamidad como sudario del crimen.

—Jeremías es el dechado del justo y del patriota, y sus LAMENTACIONES servirán siempre de modelo á los que tengan que llorar las calamidades acarreadas á la patria por el desprecio á la justicia y el olvido de Dios.

—Los hebreos designaban estas elegías con el nombre de *Kinoth*, en griego *Threnoi*, en latin *Threni*; pero más frecuentemente las llamaban con la palabra que principia los dos primeros cantos, á saber: *Ekâ*; exclamación que equivale á esta: ¡Ay! ¿Cómo....

CAPITULO VII

CONTINUACIÓN DE LA POESÍA LÍRICA.—EL CANTAR DE LOS CANTARES

—Aunque la poesía de Israel, como todas las manifestaciones de su civilización, estaba subordinada á destinos religiosos; á la par de los SALMOS, venero inagotable de lirismo sagrado, álzase otro monumento de poesía lírica, cuya perfección pone de manifiesto la existencia de poemas eróticos en las bellas letras hebraicas. Demás de esta circunstancia, ya decisiva por sí misma en abono de tal opinión, existen las enérgicas reprobaciones de Amós y las de Isaías, con alusión á los cantos báquicos que apartaban á Israel de las vías de Jehová y lo llevaban á doblar la rodilla, como las gentes idólatras, ante dioses quebradizos, obras de las manos de los hombres.

—Desde el punto de vista del Arte, EL CANTAR DE LOS CANTARES pertenece al género erótico, sin que por esto se niegue la alegoría mística que le atribuyen tanto los doctores judíos como los expositores cristianos.

—Algunos críticos modernos han calificado de dramáticos estos poemas, en los cuales, según ellos, celébrase la fidelidad de cierta pastora, quien, llevada á la brillante corte de Salomón, rechaza todas las seducciones; alcanza, por último, la libertad; y regresa á su país nativo, donde la espera el elegido de su corazón. Este sentir, establecido por Ewald, desenvuelto y sostenido por Hitzig, y en el cual abunda Nöldeke, tiene en su contra, además del juicio tradicional que ve en EL CANTAR DE LOS CANTARES una colección de poemas lírico-eróticos, el muy respetable

del autor de la *Historia de la Poesía de los hebreos*: el orientalisia Herder, que lo gradúa de poema erótico.

—El cantar de los cantares es una serie de poemas idílicos, enlazados entre sí por la identidad de la idea, al modo de las églogas dialogadas de Virgilio ó de Garcilaso, por no citar ótros de igual forma y esencia.

—No ha sido menos grande la influencia de estos poemas en la literatura cristiana que lo fuera en la hebraica, pues en úna y en ótra se les ha considerado como altísima alegoría de profundo y trascendental sentido; tan así, que el judío Akiba, sabio talmudista que floreció en el siglo segundo de nuestra éra, reputa como el más sagrado de los agiógrafos al autor de aquéllos; y Orígenes consagra nada menos que diez volúmenes á comentarlos. Ello es que, poemas dramáticos ó cantos lírico-eróticos, El cantar de los cantares despliega á nuestra vista cuadros acabados donde la pasión de las pasiones:—el amor, alcanza la más perfecta, al par que la más pura expresión de los afectos. ¡Todo es allí ingenuo como la madre Naturaleza; y sin embargo, todo es santo hasta el punto de poder servir de recreación á la inocencia misma. Diríase la desnudez del niño, que expone á la vista de todos sus naturales formas sin mengua del pudor.

—«El cantar de los cantares,» dice Voltaire, «es el más tierno de los poemas y acaso el único de su «género que á nosotros haya llegado desde lós tiempos «más remotos. Todo respira ahí cierta sencillez de «buenas costumbres que por sí sola bastaría para cali- «ficarlo de precioso; y hasta se descubre en él algo de «la poesía dramática de los griegos.»

—Nadie ha igualado al autor de El cantar de los cantares ni en la expresión de los afectos, ni en la pintura del objeto amado; así como nadie ha sabido envolver idénticos cuadros con cierta atmósfera miste-

riosa que produce la embriaguez del alma. Y si de lo subjetivo pasamos á lo objetivo, no es menos perfecto el arte del Poeta, cuyos símiles ostentan el movimiento apasionado de la poesía hebrea.

—El nombre de la Amada es fragante como los más exquisitos ungüentos, como óleo derramado; y el beso de su boca más sabroso que el vino:—el vino que alegra el corazón del hombre.

—Y el Amado como hacesito de mirra puesto sobre el pecho de la Amada; como racimo de cipro en las viñas de Engaddí.

—La naturaleza no debía quedar exclüida del coloquio de aquellos amantes que piden los sostengan con flores, y los cerquen de manzanas, porque desfallecen de amor; y hé aquí que la voz del Amado se deja oír llamando á la Amada:—«Levántate, apresú-
«rate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven.—
«Pasó el invierno, se fué la lluvia; y las flores apare-
«cieron, y la voz de la tórtola resonó en el valle: la hi-
«guera dio sus brevas, las viñas en cierne exhalan ya
«su olor. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven.»

—Así los doctores hebreos, como los expositores cristianos tienen á Salomón por autor de estos bellísimos poemas; y creen muchos de los últimos que el sentido histórico y literal de este Libro mira en la mayor parte de él á los desposorios de Salomón con la hija del rey de Egipto.

—Fray Luis de León en el *Prólogo sobre los* CANTARES pondera el modo cómo responden en ellos los conceptos á las pasiones que los mueven; y cómo nacen éstas, por natural concierto, entre los arrebatos del alma poseída de celestial amor. Los diversos sentidos que pueden darse al Libro, proceden indudablemente, según el sabio Padre, de la lengua en que se escribió (la hebrea), naturalmente obscura por misteriosa, y de cortas razones á causa de su índole eminentemente sintética.

—El sentido alegórico de EL CANTAR DE LOS CANTARES fue trasmitido á los cristianos por los judíos, quienes sentían, con el sabio talmudista Akiba, ya citado:—«Que el mundo entero no vale tanto como el «día en que el CÁNTICO fue dado á Israel.»

CAPITULO VIII

HISTORIA. — I LOS CUATRO LIBROS DE LOS REYES. — II LOS PARALIPÓMENOS.—III ESDRAS Y NEHEMÍAS.— IV LOS MACABEOS

I

—La unidad de la narración histórica principia, propiamente hablando, entre los hebreos, con los cuatro LIBROS DE LOS REYES.

—Samuel, el último de los Jueces, enlaza, puede decirse, el LIBRO de éstos con el primero de los REYES.

—La vida aventurera tocaba á su término; y las tribus iban á sentarse por fin en el mismo, único hogar, protegidas por el Dios verdadero.

—La obra de Moisés alcanzaba su cumplimiento: la figura del Templo, vínculo social, religioso y político de Israel, se dibujaba en esperanza.

—En los cuatro LIBROS DE LOS REYES refiérense los hechos de Judá y los de Israel, desde cuando se dio principio al gobierno monárquico, hasta el cautiverio de Babilonia; lo que comprende el espacio de quinientos setenta años, distribüidos así: cien, poco más ó menos, en el primer libro; cuarenta en el segundo; ciento veinticinco en el tercero; y trescientos cinco en el cuarto.

—En los dos primeros LIBROS se trata del gobierno de Helí, del de Samuel, del de Saúl y del de David; y en los dos últimos del de Salomón y del de los otros reyes de Judá que le sucedieron, hasta Sedecías; y se narran también los hechos de Jeroboán y de sus sucesores en el reino de Israel.

—No están de acuerdo los expositores cuanto á la paternidad de los LIBROS DE LOS REYES. Según algunos, Samuel escribió los veinticuatro capítulos del primero, y Gad y Natán lo concluyeron y escribieron el segundo Libro.

—La opinión más corriente, y al parecer fundada, es: que Esdras, con vista de los originales de Samuel y de las memorias de los crònistas del tiempo de David, lo redujo todo á cuerpo de obra.

—Por lo que mira al tercero y al cuarto, únos los atribuyen á Jeremías, á Isaías ó á otros profetas. Opinan ótros que Salomón y sus sucesores hicieron escribir los anales de sus reinados; y aun hay quiénes sostienen que los profetas escribieron las vidas de los reyes de sus respectivos tiempos.

—Esta última opinión parece ser la más cónsona con la sana crítica; pues en la narración que traen los libros de que se trata, adviértese ya el anuncio de la Filosofía de la Historia que constituye el alma de la literatura profética; es decir: el ordenamiento misterioso pero infalible de los acontecimientos humanos, por la potestad de una Providencia, si misericordiosa, justiciera.

—Con dificultad habrá otra Historia que pueda compararse con ésta, ni en la variedad y alternativa de los sucesos, ni en la candorosa expresión de ellos, ni en la amenidad del relato; y, sobre todo, en los ejemplos que allí se presentan para alta enseñanza de pueblos y gobiernos.

—Desenvuélvese á veces la historia de Israel como apacible idilio, á veces como tragedia sangrienta;

pero de todas maneras la intervención de lo Alto se manifiesta en ella para sellar los sucesos con terribles castigos ó con magníficas recompensas.

—Saúl pasa de pastor de rebaños á caudillo de pueblos; y mientras se aconseja con la justicia y con la prudencia, gobierna á Israel para felicidad de todos. Pero llega un día en que no confía en la ley sino en la fuerza; y cae, vencido él mismo por la fuerza.

—Funda David la metrópoli hebrea sobre victorias inauditas; concibe la máquina del Templo cuya fábrica lega á su hijo Salomón; acumula riquezas fabulosas; pero mancha sus hazañas con injusticias que claman á lo Alto. Entonces la mano de Jehová se endurece sobre la cerviz del Rey prevaricador, quien trueca la púrpura real por el saco del penitente y la brillante corona por la triste ceniza. La expiación lava por fin la culpa, y el pecador se purifica en las aguas del arrepentimiento.

—Hereda Salomón el poderío de David: construye el Templo y lo dedica al Eterno entre las jubilosas aclamaciones de un pueblo que ha alcanzado el pináculo de la grandeza. Dios se complace en acumular sobre Salomón todas las felicidades de la tierra; el hijo de David es el más sabio y el más rico de los monarcas; no reconoce límites su sabiduría, ni tiene rival la magnificencia de su reino.

—Pero aquel reinado, que bien puede llamarse la apoteosis en vida de un monarca, termina en la claudicación y en el cisma. Dioses gentiles, obras de manos humanas, reemplazan al Dios verdadero y le usurpan las adoraciones; y aquel *rey sabio y felicísimo que puso la sabiduría en proverbios y concluyó por llamar vanidad á la sabiduría* (Juan Donoso Cortés), convierte su palacio en morada de ídolos:—los ídolos de concubinas extranjeras, ante quienes se prosterna el caduco monarca.

—Ni paró aquí la catástrofe acarreada por la conducta de Salomón. Reemplázalo en el trono su hijo Roboán, á quien estaba reservado presenciar la disolución del imperio; pues acaudilladas por Jeroboán las diez tribus del norte, y so pretexto de no poder soportar tributos excesivos, rompen la unidad nacional estableciendo en Samaria la capital de otro reino, y la unidad religiosa adoptando la idolatria egipcia.

—El nuevo reino se llamó Israel, y reino de Judá el que formaron la tribu de este nombre y la de Benjamín, únicas que permanecieron fieles al hijo de Salomón.

—«La historia de los dos reinos,» dice uno de nuestros historiadores (Juan Vicente González), «fue «lucha encarnizada en que, para agobiar á su rival, «cada uno buscaba el socorro de gentes extranjeras, «que mancharon la Tierra de Promisión.» Y añade:— «Fue aquello una serie de infidelidades, de convulsio«nes y de crímenes; y la lista de sus reyes fatiga dolo«rosa é inútil para el corazón y para la memoria.»

II

—Los dos libros de Los Paralipómenos ocupan señaladísimo puésto en la literatura hebrea, no sólo con respecto á la historia general de ella, sino también cuanto al espíritu religioso del que se ha llamado *Pueblo de Dios.*

—San Jerónimo dice de Los Paralipómenos, que son los libros por excelencia, y los llama *Las Crónicas de las Crónicas*; añadiendo que *todo el conocimiento de las escrituras se encierra en aquéllos por lo que mira á la inteligencia de la historia.*

—No ha de entenderse, empero, el concepto del Santo respecto de la narración de los hechos, propia-

mente hablando, sino del espíritu religioso y de la administración civil del pueblo hebreo; pues aquéllos están copiosamente dichos así en el PENTATEUCO como en el LIBRO DE JOSUÉ, en el de LOS JUECES y en los de los REYES.

—Dos objetos se propuso el historiador de LOS PARALIPÓMENOS; y fueron los siguientes: el primero y principal, el restablecimiento del culto del Dios verdadero, según las majestuosas ceremonias prescritas por Moisés y establecidas por David y por Salomón; culto y ceremonias obscurecidas en los años del cautiverio.

—De ahí el cuidado y esmero con que se describen el Templo, los vasos sagrados y los utensilios todos del culto nacional; y la puntual enumeración de la tribu de Leví, según todas sus ramas, y sus funciones y ministerio en el culto del Señor.

—El segundo de los objetos dichos, fue: que cada familia al regreso de la cautividad entrase á poseer la heredad de sus mayores, según la distribución hecha por Josué. Por eso dice prolijamente el Autor la genealogía de los patriarcas, cabezas de las primitivas familias, y en especial la de aquéllas que se habían multiplicado en mayor número y extendídose en otras ramas durante el cautiverio.

—Como la expectación del pueblo hebreo en el Mesías Salvador constitüia, puede decirse, el alma de su existencia; y como este Personaje divino debía nacer de la familia de David, abundan los libros sagrados en la genealogía del VERBO. En tal virtud, no debía faltar esta noticia en LOS PARALIPÓMENOS, que dan en los ocho primeros capítulos del LIBRO primero, una lista ó nómina de los principales descendientes que tuvo Adán y de las genealogías de Abraham, de Isaac, de Jacob y de los hijos de éste, para hacer constar en todo tiempo que el Mesías descendía de Abrahan en la tribu de Judá y era del linaje de David.

—En el resto del LIBRO primero refiérense las guerras de Saúl con los filisteos y algunas acciones señaladas de David, de que no se ha hablado en el primero ni en el segundo LIBRO DE LOS REYES.

—Narra el segundo libro de LOS PARALIPÓMENOS en treinta y seis capítulos el reinado de Salomón y el de sus sucesores, los reyes de Judá; y también el de los reyes de Israel, hasta el tiempo en que Ciro, rey de Persia, dio libertad á los judíos y les permitió regresar á Jerusalén y reedificar la Ciudad y el Templo.

—Ignórase quién es el autor de estos importantes LIBROS. Los hebreos y muchos intérpretes cristianos atribúyenselos á Esdras, doctor de la Ley y sacerdote, á quien, según éllos, ayudaron en la obra los profetas Zacarías y Ageo.

III

—Esdras, *el Príncipe de los doctores de la Ley*, según lo han confirmado los hebreos, es el restaurador de la unidad nacional fundada en la fiel observancia de la verdad religiosa.

—Cuatro libros del Antiguo Testamento llevan su nombre, pero sólo los dos primeros son reconocidos por auténticos.

—Refiérese en ellos cómo el año séptimo del reinado de Artajerjes Longimano, vino Esdras á Judea acaudillando crecido número de sus compatriotas pertenecientes á las tribus de Judá y de Benjamín.

—Si ardua era la empresa de reedificar la Ciudad y el Templo, dificultosa en extremo; si no imposible, presentábase la de restaurar á su pureza primitiva la obsevancia de la Ley y de las prácticas religiosas, puestas en olvido la una y las otras á causa del enlace con

mujeres extranjeras los judíos que habían permanecido en la patria.

—Esdras, empero, llevó al cabo la obra valiéndose de la alta autoridad con que lo investía su virtud.

—Las mujeres extranjeras y sus hijos fueron expulsados, y con ellos las adoraciones de los falsos dioses.

—Aunque se llaman de Esdras los dos libros á que se viene haciendo referencia, sólo la primera parte del primero de ellos fue escrita por aquél: la segunda parte y el libro segundo débense á Nehemías. Tal es el sentir de los expositores cristianos.

—El primero de los libros de Esdras contiene la historia del regreso de los judíos á su patria, y llega hasta el año vigésimo del reinado de Artajerjes Longimano; el segundo alcanza hasta la solemne dedicación de los muros de Jerusalén; ambos libros comprenden un espacio de ciento trece años.

—Con la reedificación del Templo quedaba de nuevo establecido el vínculo de la nación hebrea.

—Dividió Esdras las Escrituras en tres partes, á saber: la Ley, los Profetas y los Salmos, división conservada por los judíos y por los cristianos; y obra de él fue la educación religiosa de los judíos restitüidos á Jerusalén.

—Tales títulos lo han hecho acreedor á que se le tenga como el Moisés del regreso de su pueblo á la Tierra de Promisión.

—Jerusalén yacía aún entre ruinas, cuando Nehemías, copero de Artajerjes, obtuvo permiso de éste para reedificar la ciudad de David, no sin la obligación de volver á Babilonia, una vez terminada la obra.

—Hizolo así, en efecto, pero nó tardó en regresar con el título de Gobernador de Jerusalén, en el ejercicio del cual cargo consagróse á la realización de reformas útiles para el pueblo.

—Su última, benemérita labor, fue la reünión de los Libros Santos esparcidos por varios países; reunió también los edictos de los reyes extranjeros favorables á los judíos; y formó con todo ello una biblioteca.

—Tres varones ilustres repusieron á la ciudad de Jerusalén en posesión de su antigua gloria: Zorobabel, que reedifica el Templo; Esdras, que restablece la sociedad civil sobre la base inconmovible de la verdad religiosa; y Nehemías, que restaura la población.

IV

—La vida y los hechos de los Macabeos presentan argumento acabado para más de un poema épico.

—Dios, la Patria y la Libertad, es decir: lo divino, lo heroico y lo noble, inspiran y mueven á aquellos varones esforzados que restauran el culto del Dios Vivo, del Dios de sus mayores; reconquistan la independencia de la Patria; y devuelven la dignidad á sus conciudadanos.

—No en vano fue grande Eleazar, cuando en medio del contagio público ofrenda la vida en aras del deber religioso; ni aquella madre, heroína anónima para mayor grandeza suya, que padece siete veces la muerte en otros tantos hijos inmolados á su vista:— los Macabeos recogen tan altas enseñanzas y sacan triunfante la insignia de Israel.

—Matatías, sacerdote de la estirpe de Joarib, retírase con sus cinco hijos, Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatás, á la montaña de Morín, cercana á Jerusalén; y rechazando las intimaciones de los comisionados de Antioco IV (Epifanes), rey de Siria, apellida guerra contra el invasor extranjero, enemigo del Dios de sus mayores y de la independencia de la Patria.

—Pero al anciano levita apenas le cupo dar el alto ejemplo: murió *en buena vejez*, exhortando á sus hijos al cumplimiento del deber, como lo cumplieron en todo tiempo sus gloriosos progenitores, y designando á Simón para varón de consejo y á Judas por caudillo militar de sus conciudadanos.

—Judas, apellidado por su valor—*el que hiere, el que pelea;* es decir: MACABEO, dio este nombre á todos los suyos, quienes también fueron llamados ASMONEOS, palabra que significa *príncipe*, *embajador*.

—Bien merecía tal dictado el valeroso judío que con escaso número de compatriotas osa desafiar no sólo el poderío de Antioco, sino también la indiferencia y aun la enemiga de los suyos. La fe en el Dios de sus mayores y el amor á la Patria le inspiran invencible aliento; y Filipo de Frigia, Gobernador de Jerusalén; y Apolonio, Gobernador de Samaria, caen vencidos; y Serón, y Nicanor, y Gorgias, y Lisias, y Timoteo, y Báquidas corren igual suerte.

—Algunas veces, dice el texto sagrado, la escasa hueste comandada por Judas se turba á la vista del enemigo, con mucho superior á ella; pero el valeroso Macabeo la repone y la alienta infundiéndole la altísima idea de que sólo el Dios de Sabaot es el Dios de los ejércitos, el Dios de la victoria.

—Entra, por fin, triunfante Judas en la metrópoli de Israel y purifica el Templo; mas, no hace otra cosa sino tomar posesión de un desierto cubierto de ruinas. El invasor extranjero dominaba el Alcázar, y la alegría estaba desterrada de la ciudad de David, donde no resonaba ya ni flauta ni cítara. ¡Triste trance el del vencedor á quien sólo saluda el silencio en el solar paterno redimido por su heroísmo!

—No decae, empero, el ánimo del soldado de Dios, que limpia de escombros la Ciudad, transforma en edificio las ruinas del Santuario y hace desaparecer los impuros ídolos extranjeros; tras de lo cual barre

de enemigos no sólo el país de Jerusalén, sino el de Galilea, el de Hebrón, el de Azoto, y aun el del otro lado del Jordán.

—Ensoberbecido el enemigo lanza al joven Antioco Eupator al frente de cien mil peones y veinte mil ginetes contra los valerosos judíos. No amedrenta á Judas el bélico aparato; antes bien, lánzase contra el enemigo, y cubre la tierra con seiscientos cadáveres. Pero aquello no fue sino una victoria sin triunfo: la superioridad del enemigo era siempre abrumadora, por lo cual resolvió Judas encerrarse en la Ciudadela alrededor del Templo, donde resistió con felices resultados hasta el punto de que Antioco celebrase con él un convenio que tenía por base la restauración del culto del Dios de Israel.

—Muerto Antioco Eupator y exaltado al Imperio Demetrio, renuévase la guerra contra Jerusalén; é igualmente renuévanse las inauditas hazañas de Judas y de sus valerosos compañeros. Preséntase otra vez Nicanor en la contienda, pero para caer, primero vencido en Cafarsalama y muerto luégo en Adarsa. La victoria vivía de asiento bajo las banderas del Macabeo.

—De tal manera personificó Judas la suerte de Israel, que por primera vez se dio el caso de reünirse en un mismo individuo el poder religioso y el poder civil. A la autoridad civil y política unióse, pues, en Judas la de Gran Sacrificador, para sostén de la existencia nacional.

—Comprende, ello no obstante, el esforzado Caudillo, que la lucha contra el macedón es infructuosa por interminable; y en tal virtud, solicita y obtiene la alianza del pueblo romano, de quien recibe el decreto del caso grabado en láminas de bronce. Por primera vez se encuentran en la Historia aquellos dos pueblos que cambian la civilización universal, el uno codificando el derecho y formulando la justicia, el otro pro-

clamando á la faz del cielo la unidad de Dios y la unidad del género humano.

—Pero la protección de Roma se hizo esperar, y no llegó á conocimiento de Demetrio sino cuando éste había enviado nuevas tropas contra Jerusalén. Báquidas y Alcino al frente de veinte mil soldados amenazan á Judas, quien apenas dispone de tres mil compañeros.

—Nunca apareció tan grande el Macabeo como en este apuradísimo trance, pues aterrorizada su reducida tropa desbándase en su mayor parte, quedando sólo al Caudillo ochocientos combatientes.

—Y aun estos mismos quieren esquivar el combate haciéndole presente que era temeridad el aceptarlo. «Líbrenos Dios,» díjoles Judas, «de hüir delante de «nuestros enemigos: si nos ha llegado la hora, mu «ramos valerosamente antes que mancillar nuestra «gloria.»

—Al frente, pues, de ochocientos heroicos compañeros resiste Judas el embate de veinte mil enemigos; rómpelos en una de sus alas; hace milagros de valor; pero el defensor del derecho cae, por fin, abrumado por el peso del número.

—«Aquella derrota», dice un historiador contemporáneo (Poujulat), «fue más gloriosa que todas sus anteriores victorias.»

—La Escritura Santa, con su lenguaje de vigorosa elocuencia, trae el elogio de Judas Macabeo en una sola frase:—«Cayó Judas, y cuantos lo acompañaban huyeron.«

—El pueblo de Israel lloró la muerte de su Caudillo con llantos y lamentos que recuerdan los que alzara la musa divina del Rey-poeta cuando cayeron Saúl y Jonatás en la tierra de Gelboé.—«¿Cómo ha «perecido el Campeón que salvaba al pueblo de Israel; «el que protegía con su espada el campamento?»

—Judas Macabeo aventaja á Aquiles en el valor y lo sobrepuja en los propósitos; porque cuando el Héroe griego pelea protegido por los dioses y movido por la venganza, el Caudillo hebreo, después de hazañas humanas verdaderamente inauditas, cae combatiendo por el Dios de su fe, por la independencia de su patria y por la libertad de su pueblo.

—El espíritu del denodado Macabeo se trasmite á sus hermanos. Jonatás sucede á Judas y casi renueva las hazañas de su glorioso antecesor; hazañas que sella con la victoria de Cades ó Cedes de Nepthalí.

—La traición pone término á la gloriosa carrera del Héroe. Preso en Tolemaida por el pretenso usurpador Diototes y asesinado luégo por Trifón, asume Simón el mando supremo con aplauso de todo Israel.

—Aprovéchase Simón de las desavenencias de los príncipes que se disputan el imperio de Siria, y recupera la antigua herencia de Jerusalén. Posesiónase de la Ciudadela, ocupada por el enemigo durante veintisiete años; restaura solemnemente el respeto de aquel lugar santo; y en una asamblea de todo el pueblo queda constitüido en Sumo Pontífice, Gran Caudillo y Príncipe de los judíos.

—El Gobierno de Simón Macabeo afianzó la paz en la justicia y el orden en la libertad. La pintura que hace de aquella época el historiador sagrado es superior á toda alabanza: —«Cada cual», dice, «cultivaba tranquilamente su campo; el país de Judá producía opimas cosechas; los ancianos, sentados á las plazas públicas, departían sobre la abundancia de los bienes de la tierra; y engalanábanse los mancebos con ricos vestidos. Cada uno se sentaba á la sombra de su parra ó de su higuera, sin que nadie le infundiese temor.»

—La Judea obtuvo durante el gobierno de Simón el respeto de los reyes comarcanos; y hasta recibió de

Lacedemonia y de Roma fianzas de paz expresadas en cartas amistosas.

—Y sin embargo: este Caudillo, tan heroico en las armas como justiciero en el consejo, pereció víctima de una traición urdida por su propio yerno, Tolomeo, quien lo hizo asesinar, así como á dos hijos del mismo Simón.

—Juan, á quien se apellidó Hircano, hijo de Simón, reemplaza á su padre en el Supremo Sacerdocio y en el Principado; pero sus hechos y su vida no se refieren en los libros de los MACABEOS, cuyo autor nos remite á los ANALES DEL SACERDOCIO, obra que, sin duda, se ha perdido.

—El historiador judío Josefo refiere algo del gobierno del hijo de Simón, á quien pinta digno mantenedor de su estirpe, pero al propio tiempo el último representante de la gloria judía.

—Después de sangrientas intrigas y de crímenes cobardes entre los que sucumben sucesivamente el primer Aristóbulo, Alejandro Janeo é Hircano II, el segundo Aristóbulo mendiga el apoyo de los romanos con serviles tributos, sin que la infamia logre afirmarlo sobre un trono minado ya por la cobardía y los vicios.

—Aristóbulo II desciende del trono para ir á adornar la pompa triunfal del gran Pompeyo; y el heredero del nombre y de las glorias de los MACABEOS entra como trofeo servil en la misma ciudad que había acogido con aplauso á los embaja... pues de Judas.

—Cuatro son los LIBR... tiempos de E... MACABEOS, pero sólo dos se tienen por au... dividió LAS E... es los últimos fueron escritos después de... autor del p... Esdras, quien, como se ha dicho, order el siríaco, lengua qu... SCRITURAS.

—Ignórase quien ... los MACABEOS. El ... rimero de aquellos libros, escri... de original una versión ... e usaban los hebreos en la ép... texto primitivo se perdió, y ... griega.

—El libro segundo, como se dice en el mismo (cap. II, ver. 24), es un compendio de los cinco libros de Jasón de Sirene, escritor judío lleno de piedad y de celo religioso.

—Con los Macabeos termina la sucesión legítima de los reyes de Judá, cuyo cetro pasa á gentes extranjeras; hecho éste que señala y fija el promedio de los tiempos.

—Para conmemorar el vencimiento de los judíos, acuñó Roma una medalla en que se representa el cautiverio de Judea bajo la figura de triste y desolada matrona sentada al pie de una palmera.

CAPITULO IX

NARRACIONES HISTÓRICO-POÉTICAS.—I EL LIBRO DE TOBÍAS.—II EL LIBRO DE JUDIT.—III EL LIBRO DE ESTER

I

—Estos tres libros forman, puede decirse, una trilogía histórico-poética, pues caracterizan, respectivamente: en Tobías, la mansedumbre y la fidelidad á las tradiciones religiosas, que alcanzan larga recompensa después de la prueba; en Judit, el celo religioso y el deber patriótico llevados hasta cierto heroísmo que el creyente acepta como inspiración de lo Alto, pero que la Historia y aun el Arte miran con temerosa admiración; y en Ester, la hermosura y la inocencia que se interponen en favor de un pueblo entero condenado á muerte, y obtienen no sólo el indulto de las víctimas, sino el ejemplar castigo del pretenso victimario.

—Los judíos calificaron de santo el LIBRO DE TOBÍAS; y lo es, en efecto, por la unción que exhalan sus páginas.

—Tobías, purificado por el infortunio, muere como el justo; ni le faltó en sus postrimerías el dón que caracteriza á los viajeros para la eternidad:—*Los moribundos están poseídos del espíritu de la Sibila*— *(Eurípides.)*

—El fiel israelita vaticina la ruina de Nínive, víctima de los caldeos, y es por tal circunstancia precursor de Nahún; la dispersión de los judíos, su cautiverio en Babilonia y su regreso á Palestina; la reedificación del Templo; y aun puede advertirse en el cántico de acción de gracias que dirige al Eterno, la unidad del género humano bajo el palio del Cielo, para adorar á un solo Dios y vivir como hermanos en la tierra.

—Es este cántico como el eco de la voz de Moisés: de la voz magistral que al propio tiempo celebra las misericordias de Jehová y amenaza con sus justicias.

—«Porque Tú, Jehová, azotas y salvas; llevas «á los infiernos y sacas de ellos; y no hay quien se «escape de tu mano.»

—«Bendecid al Séñor, hijos de Israel, y alabadle «á la vista de las gentes.»

—«Porque por eso os ha esparcido entre las gen-«tes que no lo conocen, para que vosotros contéis sus «maravillas y les hagáis saber que no hay otro Dios «Todopoderoso fuéra de El.»

—«Jerusalén, ciudad de Dios: el Señor te casti-«gó por las obras de tus manos.»

—«Alaba al Señor en tus bienes y bendice al «Dios de los siglos.». . . . . . «Brillarás con luz res-«plandeciente; y todos los términos de la tierra te ado-«rarán. Vendrán á tí las naciones desde lejos; y tra-

« yendo dones, adorarán en tí al Señor, y tendrán tu « tierra por Santuario. Porque dentro de tí invocarán « el grande Nombre. »

—La misericordia y la justicia alternan en este cántico como principales atributos de una Providencia remuneradora.

—La manera como el texto sagrado dice la muerte de Tobías, pone de manifiesto el espíritu de los tiempos de la promesa, no exentos de amenaza: —« Y « habiendo cumplido (Tobías) noventinueve años en el « temor del Señor, lo sepultaron con gozo. »

—Créese que este libro fue escrito por ambos Tobías, padre é hijo, ó que se ordenó sobre las memorias dejadas por ellos; y se funda rectamente esta opinión en las palabras que dirige el ángel Gabriel á sus admirados huéspedes: —« Es, pues, tiempo de que « yo vuelva á Aquél que me envió; mas vosotros, ben- « decid á Dios y contad todas sus maravillas. »

II

—Refiérese en el LIBRO DE JUDIT uno de los pocos hechos llevados á buen término por resolución que bien puede calificarse de sobrenatural, tanto más admirable, cuanto fue obra de brazo femenino.

—Sitiada Betulia por poderosísimo ejército que comanda Holofernes, teniente de Nabucodonosor, rey de Asiria; agotado todo recurso humano y á punto de desesperar de los divinos; fíjase breve plazo para rendir la Ciudad, poniéndola á merced del vencedor.

—Judit, de la tribu de Simeón, viuda de Manasés, y que pasaba la viudez en el ayuno y en la penitencia; informada de los alarmantes sucesos, sale de su retiro para echarles en cára á sus conciudadanos la falta de fe; é increpándolos por su cobardía, exhórtalos á tener confianza en el Dios de Israel, que es el Se-

ñor de los ejércitos: el que da y quita la victoria y preside el triunfo de los buenos.

—Trasládase sigilosamente la virtuosa viuda al campo enemigo y obtiene la confianza del General.

—Prendado éste de la belleza de la hebrea, invítala á suntuoso festín, no sin dejarle comprender los torpes propósitos que en la ocasión lo mueven.

—Adornada con sus más ricos vestidos, preséntase Judit á Holofernes, *cuyo corazón*, dice la Escritura, *se conmovió al verla, porque se abrasaba por ella en concupiscencias.*

—Comió y bebió Holofernes hasta el punto de caer rendido por la gula; y trasladado á su cámara, yacía profundamente dormido.

—Al verlo en tal situación, apostó Judit su criada á la puerta de la cámara ; y ya en pie delante de la cama de Holofernes, oró con lágrimas. Y moviendo los labios en silencio, dijo:—«Dame esfuerzo, Señor «Dios de Israel, y mira en esta hora las obras de mis «manos, para que, como lo has prometido, ensalces á «tu ciudad de Jerusalén; y ponga yo por obra esta «que he pensado creyendo poderse hacer por Tí.»

—Decapita Judit al asirio con el propio alfange de éste; echa por tierra el tronco del cadáver; y poniendo la cabeza dentro de un saco, regresa vencedora á Betulia, donde es recibida con admiración y regocijos.

—Muestra á la estupefacta muchedumbre la cabeza de Holofernes, diciéndoles:—«*Vedla aquí: por la* «*mano de una hembra lo hirió el Señor nuestro Dios.*»

—Y añade:—«Mas ¡vive el mismo Señor! que «su Angel me ha guardado, ya al ir de aquí, ya es«tando allá, y ya al volver de allá para acá: ni ha «permitido el Señor que yo, su sierva, fuera mancilla«da; sino me ha hecho volver á vosotros sin mancilla «de pecado, gozosa por mi victoria; por haberme yo «escapado y por haber sido vosotros libertados.»

—La victoria de Israel fue completa, pues cayendo repentinamente la milicia que defendía á Betulia sobre el campo de los enemigos, los desordena y rompe totalmente.

—La plegaria con que se prepara Judit al temeroso trance, expresa la fe del creyente, el ardor del patriota y la incontrastable resolución del héroe: es, puede decirse, himno anticipado de triunfo, pero triunfo que celebra una victoria alcanzada, no por esfuerzo humano, sí por el poder divino; poder *que no consiste en muchedumbre, ni en fuerza de caballos*, sino en la eficacia de la justicia.

—«Haz, Señor, que con su propia espada sea de-
«rribada su soberbia; quede preso en mí con el lazo
«de sus ojos; y hiérelo con los labios de mi cariño.
«Pon firmeza en mi corazón para despreciarlo y valor
«en mi brazo para derribarlo. Porque será este hecho
«monumento de tu nombre, cuando mano de hembra
«lo derribare.»

—Con esta plegaria prepárase al magno hecho la esforzada israelista; y fuerte con la fe, y sostenida por la esperanza, y llevada de la abnegación, liberta á la República, no sin proclamar luégo su inmaculada inocencia, en faz del pueblo libertado y bajo la mirada del Dios Omnipotente.

—Incierto es el tiempo en que acaeció la historia de Judit, siendo la opinión más fundada en este punto, la que la fija en los días de Manasés y cuando este rey de Judá fue llevado cautivo á Babilonia. Cuanto al autor de ella, muchos creen serlo el sumo sacerdote Joakim, por otro nombre Eliacim, á causa de la participación que tuvo éste en los sucesos referidos; de más de que, según Josefo, corría á cargo de los sacerdotes recoger en un registro los sucesos memorables de la Nación.

III

—Mucho difieren las opiniones acerca de quién sea el autor del Libro de Ester. Unos, siguiendo las de san Epifanio, san Agustín y san Isidoro, atribúyenlo á Esdras; pero hay quienes niegan tal opinión, oponiendo á ella el hecho de que el Libro es posterior á Esdras. Los talmudistas sostienen ser obra de la grande Sinagoga, cuando otros sienten que lo escribió Joakim, hijo del Sumo Pontífice. San Clemente de Alejandría lo llama Libro de Mardoqueo.

—El Libro de Ester puede considerarse como uno de los más bellos de la Biblia. La afortunada hebrea que le ha dado su nombre aparece en él rodeada del prestigio de la virtud y de la gracia; prestigio que pone al servicio de la justicia para alcanzar la salvación de un pueblo condenado á muerte.

—El sello trágico caracteriza este libro. Ester, quien por una de tantas alternativas de la vida había pasado de la condición de proscrita á la categoría de reina de Persia, tenía en su tío Mardoqueo un padre amorosísimo, un sabio maestro y un consejero. La fe religiosa se mantenía viva en aquellos seres para quienes los destinos de Israel debían cumplirse á pesar de las vicisitudes humanas.

—Amán, favorito de Asuero, rey de Persia, ensoberbecido contra Mardoqueo á causa de que éste no le rindiera respetuoso homenaje, alcanzó del Rey la proscripción de todos los judíos cautivos en el reino.

—Instrüida Ester del adverso caso por su tío Mardoqueo, obtiene del Rey la revocación del crüel decreto; y por una serie de incidentes felicísimos, los que habían sido destinados para víctimas, vienen á ser triunfadores: Amán mismo, preso en sus propias redes, cae entre aquéllos y es reemplazado por Mardoqueo en la privanza de Asuero.

—El triunfo de los hebreos fue completo; pero

como todos los de aquellos tiempos de fuerza y de violencia, manchado con sangre de víctimas humanas; porque la justicia no estaba aún exenta de venganza. Las víctimas se convirtieron en victimarios, y los judíos pasaron á cuchillo en la extensión del reino á todos sus enemigos, é instituyeron las fiestas de *Purim*, ó de *Las Suertes*, en memoria de tan señalado suceso. Amán expïó en la horca sus criminales propósitos.

El Libro de Ester ha servido de asunto á algunas obras artísticas; entre otras á la tragedia de Racine del mismo nombre, que es una de las más bellas producciones del tragedista francés. Los coros de la Ester de Racine se consideran como perfecta obra de arte, así por la naturaleza de las ideas, como por la gracia de la forma, realzadas una y otra con la melodía que el Poeta supo darle á su idioma.

CAPITULO X

DIDÁCTÍCA.— I LOS PROVERBIOS — II EL ECLESIASTÉS — III LA SABIDURÍA — IV EL ECLESIÁSTICO

I

—El origen de la poesía didáctica entre los hebreos debe buscarse, según P. H. Nöldeke, autor de la *Historia literaria del Antiguo Testamento*, en la forma de Los Pboverbios.

—La ciencia de la vida y la sabiduría religiosa toman ahí la estructura de cortas sentencias que por medio de acertados tropos, impresionan y conmueven á los oyentes.

—A este género de composición favorece particularmente el genio idiomático de la poesía hebrea, que,

como hemos visto, es el *paralelismo*. Toda estrofa ó estancia de Los Proverbios consta, pues, generalmente, de dos partes, casi siempre antitéticas, ó por decir mejor: opuestas la una á la otra; de donde resulta la síntesis, que es obra del lector ó del oyente:

«Los sabios esconden el saber; mas, la boca del necio está cerca de la confusión.»

«En el mucho hablar no faltará pecado; mas, el que modera sus labios, muy prudente es.»

«Los labios del justo producirán sabiduría; la lengua del malo perecerá.»

—Como se ve, el objeto de este género de composiciones, es ante todo parenético, y como tal, docente; é insinúase en el ánimo por la forma poética con que se reviste la idea. Es la belleza que pone de manifiesto la verdad.

—La poesía lírica entra, por tanto, en la didáctica, como que, destinada al servicio de la religión, instruye exaltando el alma hasta Dios.

—Adviértense en el Antiguo Testamento diversas manifestaciones de poesía didáctica, desde las sentencias sencillas sin lazo de unión entre sí, hasta las leyendas y las homilías. La bendición del patriarca Jacob á los cabezas ó padres de las tribus, es una homilia revestida con las más bellas formas poéticas.

—Así como El Salterio está timbrado con el nombre y genio de David, padre y gran sacerdote de la poesía lírica entre los hebreos, la poesía didáctica le está completamente atribüida por éstos á Salomón; lo que vale decir que el hijo de David era el representante de la ciencia en la Tierra de Dios.

—No menos que con tres mil *proverbios* y mil y cinco *cánticos* dotó Salomón á la literatura hebraica; y habló de los árboles, desde el cedro, que se irgue al cielo en la cumbre del Líbano, hasta el hisopo, que

crece sobre arruinadas paredes; y habló también de los cuadrúpedos, y de los pájaros, y de los reptiles, y de los peces.

—No es, pues, de extrañarse que casi toda la literatura didáctica reconozca entre los hebreos por padre á Salomón. Suyos son, según éstos: El Libro de los Proverbios, El Eclesiastés y El Libro de la Sabiduría, llamado también Sabiduría de Salomón. Los cristianos abundan en el mismo sentir.

—Sólo El Eclesiástico no se atribuye al Rey-sabio, pues hebreos y cristianos reconocen por autor de dicho libro á Jesús, hijo de Sirach, quien vivió largo tiempo después de Salomón.

—El Libro de los Proverbios es de altísima importancia, como que suministra preciosos modelos de la antigua poesía didáctica hebrea, mostrando este género literario en las diversas faces de su desenvolvimiento.

—Divídese la obra en dos partes principales, á saber: úna que ofrece la antigua forma del *proverbio* en toda su vigorosa espontaneidad; y ótra que presenta un conjunto didáctico más extenso y profundo. En aquélla se amonesta á los extraviados á fin de que vuelvan al camino recto; en ésta se dan reglas y preceptos de filosofía religiosa para el ejercicio de toda suerte de virtudes.

—El preámbulo de Los Proverbios es de acabada belleza, y conserva hasta en las versiones vulgares la raza pura de las ideas que, lejos de envejecer con el tiempo, acendran su hermosura.

—Escribió Salomón Los Proverbios:—«Para que «se aprendiese la sabiduría y la doctrina; para enten-«der palabras de prudencia y recibir erudición de jus-«ticia, y de juicio, y de equidad; para dar á los niños «astucia y á los mancebos sabiduría. Oyéndolas el sa-«bio, más sabio será; y entendiéndolas, poseerá el

«gobernalle; y acertará la parábola y su interpreta-
«ción; las palabras de los sabios y sus enigmas.»

—«Quien haga suyas estas enseñanzas añadirá «gracia inefable á su frente y adornará con collar ri-«quísimo su cuello.» Es decir:—Se rejuvenecerá con la posesión de altas verdades, y vivirá feliz con la prudencia.

—Sobresale el Libro en el atrevimiento de las personificaciones y en la expresión de los vicios corruptores; y ello con magistral estilo.

– Sin duda que el autor de Los Proverbios los escribió cuando el invierno de la vida le había encanecido la frente y enfriádole el ardor de la sangre. Por eso describe con tan vivos colores los peligros del amor concupiscente:

«Los labios de la ramera,» dice, «son panal que «destila miel, y más lustrosa que el aceite su gargan-«ta. Mas, los dejos de ella son amargos como el ajen-«jo y agudos como espada de dos filos.»

«La adúltera, que no sufre sosiego, ni puede te-«ner los pies puestos en casa, sale al encuentro del «mancebo imprudente; y asiéndolo, lo besa; y con «semblante desvergonzado lo acaricia, diciéndole:

«Sacrificios ofrecí por tu salud; hoy he cumplido «mis votos: por eso he salido á tu encuentro, deseosa «de verte, y te he hallado.»

«He encorvado mi lecho y le he puesto por para-«mento cobertores bordados de Egipto; he rociado mi »cámara con mirra y áloe y cinamomo.»

«¡Ven! embriaguémonos de amores, y gocemos »de las caricias deseadas hasta cuando luzca el día.»

—Diríase que el Rey-sabio quiso oponer la descripción de la meretriz de Los Proverbios á la de la virgen de los Cantares, para hacer resaltar los encantos del amor inocente sobre las voluptuosidades de la carne.

—Al lado de esta filosofía moral revestida con

traje pintoresco, traen Los Proverbios sentencias de crudísimo *naturalismo*, como diríamos hoy; lo cual pone de manifiesto que el Libro se destinó para recreaciones de sabios y enseñanza de ignorantes, pues que el Autor no desdeña valerse de todo linaje de tropos:

«Anillo de oro,» enseña, «en hocico de puerco es «la mujer hermosa pero insensata.»

«Como perro que vuelve sobre su vómito, tal es «el imprudente que repite su necedad.»

—Como las sentencias contenidas en cada *proverbio* se informan generalmente en comparaciones, designábanlos los hebreos con el nombre de *parábolas* ó *semejanzas (Mischlé)*; prontuario de todas las reglas de moral para la práctica de la virtud, llámanlos los Padres antiguos; y san Jerónimo los gradúa de rica mina aurífera, pero cuyo precioso metal está escondido, siendo, por consiguiente, necesario hollar mucho para hallarlo y poseerlo.

II

—La lectura del Eclesiastés pone de manifiesto dos cosas, á saber: el principio de una época de decadencia nacional, y los pocos elementos en que abunda la lengua hebrea para expresar abstracciones filosóficas. «Carecía ésta,» dice Nöldeke en la obra citada, «de las partículas que marcan la relación de las diver- «sas frases entre sí; ni tenía ninguna de las facilidades «que en la lengua griega, por ejemplo, favorecen tánto «las exposiciones especulativas.»

—Hay parentezco cercano, íntimo, entre El Eclesiastés y Los Proverbios: úno y ótro carecen de disertación y acusan en el Autor la falta absoluta de calma y de serenidad para una obra que sobre todo pedía aquella expresión.

—Aunque el Libro está escrito en prosa, el estilo

es por todo extremo apasionado; las frases breves, y aun pudiera decirse truncadas; la ilación rota, generalmente hablando: de lo cual resulta, no un todo compacto y harmonioso, sino cuadros independientes que no tienen vínculo entre sí, como no sea el del excepticismo, idea motiva de la obra.

—Prueba de ello, que, según observa el docto Sacy, las palabras que se leen al principio, hacen ver que habla Salomón á manera de enajenado y fuéra de sí; ó como quien sale de profunda meditación, en la que Dios le ha hecho conocer la nada del mundo y la vanidad de las cosas terrenas.

—Por donde concluyen los expositores cristianos, que el Libro es obra de las postrimerías de Salomón y ofrenda expiatoria de sus extravíos y prevaricaciones. Y como para poner de resalto este propósito, adopta el Autor cierta forma antitética en que alternan el bién y el mal; pero ello para llegar á conclüir que si éste seduce y triunfa fácilmente, sus seducciones son á la postre amargas, efímeros sus triunfos; al paso que en el combate final de la vida, la victoria quedará por el bién.

—El Eclesiastés resume toda su doctrina en una sola frase: — «Vanidad de vanidades y todo es vanidad.»

III

—Aunque, como se ha dicho, reconócese á Salomón como autor del Libro de la Sabiduría, muchos escritores hebreos y cristianos, son de parecer que lo es sólo cuanto al sentido del Libro, no á las palabras; y aun llega á observar san Jerónimo que brillan en él aquella elocuencia y erudición griegas florecientes en la Alejandría de los reyes macedónicos.

—La Sabiduría se divide en tres partes. En la primera, que comprende los siete primeros capítulos,

alábase el amor á la sabiduría y recomiéndase su estudio; en la segunda parte, ó sea: en los tres capítulos siguientes, hasta el décimo, se narra y explica su celestial origen; y en la tercera se dice cómo es dón de Dios, y se describen sus frutos y efectos.

—La crítica advierte en este LIBRO cierta mezcolanza de ideas hebreas y griegas, y descubre también inflüencias platónicas y estoicas; de donde resulta cierto eclecticismo agradable por su propia variedad.

—Como EL ECLESIASTÉS, LA SABIDURÍA es un libro docente; y no obstante su tendencia á la literatura griega, ha conservado, casi siempre felizmente, el *paralelismo* hebreo por lo que hace á los miembros de la frase.

—De consiguiente, el estilo es en el último más limado, más flúido que en el primero; ello no obstante, el lenguaje rudo del ECLESIASTÉS tiene, por decirlo así, más savia hebrea, y demuestra, por tanto, mayor vigor de pensamiento, ya que no tanta perfección en la forma.

—Bastan los siguientes pasajes para demostrar que la antigua, ardiente inspiración de Moisés y de Isaías, alterna con otra muy distinta en ciertas partes de la obra:

«Venid: gocemos de los bienes actuales, y usemos á toda prisa de la juventud.»

«Llenémonos de vino precioso y de perfumes, no sea que se marchite la flor del tiempo.»

«Coronémonos de rosas antes de que huya la primavera y con ella desaparezcan las flores.»

«No haya prado alguno por el que no pase nuestra licencia.«

—Tal es, según LA SABIDURÍA, el lenguaje de los impíos.

—Pero á poco exclaman estos mismos: — «Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición. ¿De qué nos aprovechó la soberbia?

«O ¿qué nos ha traído la jactancia de las riquezas?
«Todas aquellas cosas pasaron como sombra y como
«mensajero que va corriendo;......ó como nave que
«surca el agua ondeante;......ó como ave que vuela
«por el aire.»

—La Sabiduría es como el preámbulo del Libro de Job, sin los terríficos apóstrofes que osa dirigir al Eterno el filósofo de Hus.

III

—Jesús, hijo de Sirach, hierosilimitano, emigró á Egipto con motivo de la persecución ordenada por Antioco Epifanes contra los hebreos.

—En la tierra de los Faraones escribió El Eclesiástico: «Compadecido,» dice un expositor cristiano, «de las apostasías de algunos de sus correligionarios, «y para preservar de ellas á ótros.»

— Así se explica la abundancia de máximas y ejemplos morales contenidos en el Libro y la interpolación de ardientes plegarias que exhalan la más pura unción religiosa.

—Cierto nieto de éste, llamado también Jesús, quien, como su abuelo, residió largos años en Egipto, halló un ejemplar del Libro y lo tradujo del hebreo, ó del siríaco, al griego, hacia el año 38° del reinado de Tolomeo Evergetes. Ignórase el paradero del texto primitivo, y sólo existe una versión latina, de autor desconocido.

—Hay tal semejanza de ideas entre El Eclesiástico y los libros de Salomón, sobre todo con el de Los Proverbios, que muchos atribuyeron al Rey-sabio el Libro de Jesús. Existe, sin embargo, mucha diferencia en la conformación de ambos; pues al paso que

en LOS PROVERBIOS las sentencias no tienen casi enlace entre sí, en EL ECLESIÁSTICO se harmonizan, y concurren á la unidad de un todo que comprende asunto dado, el cual tiene confirmación en las virtudes practicadas por los mayores de Israel.

—Compónese EL ECLESIÁSTICO de tres partes principales, á saber: —úna consagrada exclusivamente á los *proverbios,* en la que prevalece la forma admonitiva; ótra en que dada cumplida alabanza á Dios, pregónanse las virtudes de los buenos; y por último, un epílogo que, después del elocuente elogio de Simón, el egregio Macabeo, y de condenar las depravadas costumbres de los idumeos, filisteos y samaritanos, trae la más esforzada exortación á la práctica de las virtudes piadosas.

—El tono del LIBRO es grave y solemne; el Autor profesa las ideas de tiempos pasados en lo relativo á la remuneración de los actos humanos; y está, por lo tanto, plenamente convencido de que en la Tierra recibe recompensas la virtud y el crimen castigos.

—La larga posesión de la Tierra Prometida y el predomimio de Israel sobre todos los pueblos, constituyen la fe religiosa y patriótica del hijo de Sirach; pero para alcanzar ambos fines: «Es necesario,» dice, «beber la sabiduría en su fuente, que es el Verbo de «Dios, y practicar la justicia, que da paz á la Tierra.»

X

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA—LOS PROFETAS

—La revelación de la omniciencia tuvo grandísima importancia entre los hebreos, quienes designaban de tres maneras á los varones que recibían inspiración de lo Alto.

—Generalmente llamábase al inspirado *Nabí* (el que habla), ó *Roé* (el que ve), ú *Hozé* (el vidente). Estos tres dictados expresan respectivamente la palabra *Profeta*.

—El Profeta está en relación inmediata con Dios y habla en su nombre; es ciudadano de Israel y vela por la grandeza de la Patria:—de ahí su doble carácter de hombre de Dios y de repúblico.

—Resalta en los Profetas el poder del afecto y el de la imaginación, sin que esto excluya de sus discursos la serenidad del discernimiento.

—La expresión oral era en los Profetas la característica del discurso; sin embargo de que no tardó mucho el que diesen mayor extensión y fuerza á la palabra fijándola por escrito.

—La forma estética, observada más ó menos por los Profetas, no fue, sin duda, tan notable en lo oral como en la transcripción. En ésta se hermana con la forma particular de la poesía hebrea:—con la libre disposición de proposiciones en series rítmicas casi paralelas; sólo que en la literatura profética, tal forma es más independiente que en la poesía propiamente dicha, y se presenta con miembros de frases más extensos. La riqueza de tropos y el entusiasmo poético fueron siempre característicos del lenguaje profético.

—Los antiguos profetas se valen de razonamientos más breves, concisos y expresivos que los de sus sucesores; quienes, conservando la dicción poética, son más flúidos, es verdad, pero no tan enérgicos como aquéllos. Desde el punto de vista del Arte, los profetas de la época antigua son superiores á los de tiempos más cercanos.

—Los Profetas pueden dividirse en cuatro períodos, á saber: el primero, que se extiende próximamente hasta la mitad del siglo séptimo; el segundo que llega hasta el principio del destierro; el tercero,

el del renacimiento de la nación, hacia fines del destierro; y el cuarto, el que siguió al destierro.

—Al primero pertenecen Elías y Eliseo; el segundo está representado por Joel, Amós, Joseas, Isaías, Miqueas y Nahún; brillan en el tercero el mismo Isaías y Jeremías; y ocupan el cuarto, Ageo, Zacarías y Malaquías, á quienes sigue la completa ruina del espíritu profético, que reaparece con los APOCALÍPTICOS.

—El profeta es un sér excepcional en quien brilla el ejercicio de todo linaje de virtudes: su valor heroico, su vida casi siempre trágica. Puede decirse que es el héroe de un poema cantado por él mismo. Bastaría uno solo de los muchos hechos de los profetas para inmortalizar á un hombre.

—El gentilismo tuvo adivinos, tuvo sabios, pero sólo en Israel hay profetas; porque sólo en Israel impera la verdad religiosa, vinculada en Dios, y la verdad política, asentada en la justicia y en la libertad; y sobre estas dos verdades, polos permanentes de la sociedad, ha de girar la nacionalidad hebrea con imponderable harmonía.

—Filosófica, social y políticamente hablando, los profetas dotaron á Israel con un género de literatura bello sobre todo encarecimiento, porque era la fiel expresión del derecho humano, de la dignidad individual, que bullía en aquellos hombres extraordinarios, á cuya acrisolada virtud debió no pocas veces la República su salvación y su gloria.

—El profeta es el hombre de Dios, es decir: el hombre del deber en todas las situaciones de la vida; el hombre que no guarda miramientos cuando se trata de condenar el crimen, siquiera se irga bajo el solio real.

—Aun sin tener en cuenta las inspiraciones de lo Alto, puede sostenerse racionalmente que aquellos austeros varones vaticinaron lo futuro porque estaban poseídos de las ocultas pero infalibles verdades que en-

cadenan los sucesos humanos; y desde ahí, como desde punto culminante, dominaban los futuros espacios históricos.

— Siendo así que la vida de los pueblos dependía de la vida de los dioses, do quiera moría un dios moría también un pueblo: por eso cuando sorprenden la caducidad de los dioses babilonios, egipcios, ninivitas y damasquinos, presienten los profetas su muerte, y con ella la de las naciones sometidas á su culto. De esta suerte, lo que cierta crítica preocupada desecha por irracional, por increíble, constituye, puede decirse, con anticipación verdaderamente admirable, la clave misteriosa de la filosofía de la Historia, fundada en la dinámica moral de los sucesos humanos.

—Ahí está la explicación de aquella fuerza incontrastable, invencible, de los hombres de Dios; fuerza que era á un tiempo virtud, ingenio, conciencia, emoción; y movía, por tanto, el alma y la mente, la inteligencia y la sensibilidad del sér humano, es decir:— los polos simpáticos de su existencia.

—Por un milagro de la civilización, para hablar en términos terrenos, poseía Israel las dos verdades generadoras del progreso, á saber: la unidad de Dios y la unidad del género humano; pero esta posesión no era general sino exclusiva, como no podía menos de serlo, en una época en que la casta predominaba todavía como agente de progreso. Y aquí estriba precisamente la influencia civilizadora de los Profetas, quienes, sin las preocupaciones teocráticas de la casta sacerdotal vinculada en la tribu de Leví, no convertían la filosofía que profesaban en misterios religiosos, sino la derramaban por la faz de la Tierra, en beneficio de los pueblos. De ahí las luchas que hubieron de sostener con aquella casta á quien no dejaban de molestar á las veces, la austeridad y la elevación de ideas de los Profetas, como que perturbaban la inalterable

quietud de los claustros y atentaban contra la gerarquía religiosa.

—Estas luchas, empero, eran fecundas para la Nación; porque así como el principio ortodoxo moderaba el ímpetu de los Profetas, éstos, á su vez, vigorizaban el principio ortodoxo con las nuevas ideas.

—El profeta era el tribuno religioso, salido, casi siempre, de las clases populares; y, por tanto, puede considerársele como el precursor de la democracia moderna; renovaba con los raudales de su palabra las aguas muertas del comentario de la Ley; vigilaba, como atalaya, desde las alturas de la virtud, por la salvación del pueblo; protegía á los débiles contra los poderosos; bebía en las fuentes de la justicia divina la inspiración de sus actos; hacía de la verdad el timbre de su ardiente palabra; y enderezaba los caminos del cristianismo, cuyos albores columbraba en las lontananzas de lo porvenir.

—El ministerio profético aparece en toda forma en tiempo de Samuel; alcanza su mayor grandeza mientras subsisten los dos reinos y en los días tremendos de las cautividades; y casi se extingue cuando el pueblo escogido, apartado del camino del deber, de la dignidad y de la gloria, dobla la frente al yugo extranjero, y prefiere las dulzuras de una paz ignominiosa, á los nobles azares de la guerra en que podía refrendar sus ejecutorias ó descender con ellas á la tumba.

—Con los profetas terminó la vida nacional de los hebreos: con la extinción de aquella raza abnegada amenguóse en gran parte el alma literaria de la Nación prodigiosa, como para eternizar con hechos de trágicos recuerdos que cuando los pueblos apostatan de la verdad, del derecho y de la justicia, sólo alcanzan ignominia é infamia.

—Cada profeta puede ser el héroe de un poema heroico.

La vida de Elías está llena de maravillosos su-

cesos: habita en las soledades del Carmelo, donde es alimentado por los cuervos; no deja su retiro sino para vindicar los ultrajados fueros de la justicia; y por último es arrebatado á lo Alto por un carro de fuego. De ahí el que se le haya reputado inmortal.

—Isaías es admirable por la variedad y sublimidad de sus visiones y por la fuerza de su filosofía que abraza los tiempos de la Ley y los tiempos del Evangelio. Su inspiración es tan poderosa que lo lleva como en alas de águila hasta el trono de Dios y escucha los coros de sublime harmonía que llenan lo infinito para *éxtasis eterno del cielo*. Antes que profeta parece evangelista; puso de manifiesto el valor sereno de la virtud; y murió dando testimonio de la verdad con el sacrificio de su propia existencia.

—Jeremías antevé la ruina de Jerusalén en castigo de las prevaricaciones del pueblo; presencia el cumplimiento de su profecía; y lleva la voz de Israel en el día de la desolación, con llantos y gemidos que han llegado hasta nosotros como dechado de tristeza,

—Daniel es el alma de Judá durante el cautiverio; triunfa de la voracidad del fuego y del furor de los leones; descifra las misteriosas, ígneas letras que anuncian la ruina del babilonio y la exaltación del medo al trono de Eveco. Ni paró aquí la visión profética del hijo de los reyes; pues computa y fija los tiempos en que ha de promulgarse la Ley de gracia sobre el sacrificio del Hijo de Dios.

—Ezequiel, cuyas visiones ponen asombro aun en el corazón de los fuertes, era hombre de elevadísimo espíritu sostenido por ciencia profunda. Su discurso es sereno como hondísimo río de apartadas orillas, y por lo mismo impone respeto y aun miedo á quien lo estudia. Esta cualidad no lo hace inteligible sino para los que unen á la sabiduría la modestia y el juicio; por lo cual los hebreos antiguos no permitían que leyesen, sobre todo el principio y el fin de su obra, sino

las personas cuya edad excediera de treinta años, la requerida para entrar á ejercer el ministerio sacerdotal. San Jerónimo mismo *confiesa abiertamente su propia impericia, y prefiere no decir nada antes que decir poco* cuando trata de comentar los últimos diez y nueve capítulos de la consabida profecía. Ezequiel es contemporáneo de Jeremías, y contribuirá con Daniel á la formación de la literatura apocalíptica, que tendrá por representante en la plenitud de los tiempos al último de los Evangelistas.

—La influencia de la literatura profética en los destinos de Israel es casi incomprensible para nosotros; y la acción de los profetas, verdaderamente extraordinaria. Sí nos causa asombro la obra de Demóstenes cuando detiene durante algunos años con sólo su palabra á los conquistadores macedonios, ¿qué decir de aquella falange de héroes que son para el pueblo hebreo justicieros en la paz, capitanes en la guerra, consejeros, poetas, genios tutelares en la desgracia; y que, por último, guardan intactas en los días de proscripción y de llanto las tradiciones de lo pasado, y las conservan como esperanza y gaje de lo porvenir?

LOS PROFETAS

Imitación de Herder)

Salve ¡oh vosotros! confidentes íntimos de la Divinidad. ¿Hallasteis al fin aquel tan deseado reposo que no pudieron daros ni el Carmelo, ni el Oreb, ni Sïón la divina?

¡Cuántos dones preciosos prodigasteis á los antiguos tiempos! Plegarias, consolaciones, preceptos; la prosperidad del Estado, la sabiduría en las puras costumbres; todo, todo fluyó de vuestros labios al modo de inagotables raudales.

¡Oh nobles, oh abnegadas almas! Emancipasteis al pueblo de la pereza en lo presente y de la esclavitud en lo porvenir; y lo exaltasteis sobre los vanos placeres, hijos de las falaces ilusiones. Porque frente á vosotros y en pos de vosotros, ardía, inmarcesible, la Luminaria celestial que ilustraba la plenitud de los tiempos é infundía inspiración soberana en vuestra mente.

Por largos años brilló entre silenciosas tinieblas el Astro divino; pero surgió al fin vencedor el mismo que vosotros aclamasteis como faro de los tiempos venturos.

Envueltos en el silencio de vuestras sagradas cavernas, pusisteis oído atento á los dictados de aquella voz misteriosa que se os dejaba oír desde la hora más solemne de la noche hasta el lucir del alba, y hacía vibrar las fibras más delicadas de vuestro corazón.

Y el canto de aquella voz, poderosa como las tempestades que desata Jehová en las alturas, despertaba al mundo dormido en el crimen. Habríase dicho que el genio de los siglos, así el de los pasados como el de los venideros, alzábase de los extremos de los tiempos para confundir su voz en lo presente.

¡Benditos seáis, arpas divinas, que, pulsadas por la mano del Eterno, prorrumpisteis en tan celestiales harmonías! ¡Benditos seáis por haber sido los intérpretes de la Voluntad Soberana, los mensajeros de nuevas edades, el espíritu y la inspiración de las leyes.

Tú, que desde el ardiente Sinaí te enalteciste sobre los tiempos y te levantaste sobre los pueblos; y tú, que entre sombrías nubes contemplaste la Soberana Sabiduría adornada con inefables adornos, y viste brillar por vez primera la luz que hoy en día ilumina el mundo; y tú, cuyo inflamado espíritu sorprendió el secreto de los luminares del cielo y arrebató al imperio de la muerte la hija de la viuda de Sarepta; y tú que

viste á Jehová revestido de poderosísima magnificencia y describiste la beatitud de los ángeles, la alteza de los arcángeles y la sublimidad de las potestades; y vostros, doctores del dolor y del llanto, cuya alma amorosa y tierna, al exhalarse en lamentaciones, recogió el último aliento de la musa profética de Israel; vosotros todos, que emancipados al fin del dolor tiránico, reposáis en repuesto bosque de palmeras; disfrutad ahora del celestial reposo que no pudieron depararos ni el Carmelo, ni el Oreb, ni Sïón la divina.

¡Qué veo!..... Y ¡con qué benévola bondad acogéis á los sabios de otros pueblos y de otras edades! Con vosotros departen íntimamente los druidas severos; Orfeo, el Dante de los antiguos tiempos; Pitágoras, el confidente de los astros; y todos los secretarios de la Divinidad en la tierra.

Y tú también ¡oh divino Platón! tú también fuiste llamado á aquel senado augusto para que experimentases el influjo sagrado de la divina Poesía y te reconciliaras con tus hermanos en el Arte.

CAPITULO XII

CONTINUACIÓN DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.—EL LIBRO DE JOB

—Los talmudistas y algunos rabinos han negado la existencia de Job, pretendiendo sea el libro de este nombre alguna parábola ó alegoría poética, que llegó á atribüirse por ellos á Moisés; pero en cambio Ezequiel y Tobías hablan de Job como de personaje verdadero.

—El original del Libro está escrito en lengua siríaca con bastantes palabras de la árabe.

—A juzgar por los elementos que componen el Libro, escribióse en el país de Hus, de la región idumea, donde residía Job; y esto se confirma, porque, en general, las costumbres que aquél trae son arábigas é idumeas.

—La versión de los Setenta nos da la noticia más antigua acerca del Libro de Job. Hé aquí un extracto de ella: —«El Libro de Job fue traducido de un manus-«crito siríaco, según el cual vivió aquel varón en la tie-«rra de Hus, hacia los confines de la Idumea y de la «Arabia. Jobab era el verdadero nombre del Héroe, «quien descendía, por parte de padre, de los hijos de «Esaú; y, como tal pertenecía á la realeza de Edom.»

—La antigüedad considera el reducido país de Edom como el emporio de la civilización oriental; es decir: de la civilización arábiga, que, según Jeremías y Abadías, había llegado á ser proverbial.

—El estilo de Job es conciso, abundante en buen sentido, enérgico, heroico, y siempre altisonante cuando trata de expresarse valiéndose de imágenes.

—El Libro es del todo poético y reproduce el aspecto de la naturaleza, sin que esto excluya el sentido filosófico de la composición; pues, como es sabido, complacíanse los orientales en sostener sabias discusiones valiéndose de estilo florido. En tal forma celebra Job las luchas de la virtud y de la sabiduría humana contra la ignorancia y el vicio, casi siempre vencedores sobre la tierra.

—Enseña san Jerónimo que la narración histórica del Libro está escrita en prosa; pero los discursos, tanto de Job, como de sus amigos, y, por último, los de Jehová, están en verso, con forma parecida á la de los *Salmos*.

—A la luz de la crítica, el Libro de Job no puede atribüirse á la época primitiva de la literatura hebrai-

ca, así como tampoco á la de su terminación. ¿Cómo suponer que los días del dogma fueran al propio tiempo los de la blasfemia; ni que los problemas propuestos por el Filósofo de Hus entre las vacilaciones de la antigua fe y de la duda reciente; problemas que subsisten por imposición de la Providencia, aun después del terrible proceso, sean posteriores á las frías sentencias del ECLESIASTÉS, donde la duda se ha resuelto en desengaño y la vida se ahoga en el hastío?

—En fuerza de estas consideraciones, no es aventurado creer que aquellas páginas pertenecen á los tiempos que median entre el reinado de Salomón y el ministerio profético de Isaías; época transitoria y como tal envuelta en las nieblas de la duda, aunque á las veces iluminada por los resplandores de la esperanza; época en que se presiente ya el advenimiento de una más perfecta civilización religiosa, y desde la cual se vislumbran nuevas creencias y nuevos dogmas.

—Porque si la civilización mosaica resolvía por el monoteísmo el problema divino de la eternidad; partiendo de tal postulado, érale necesario resolver el problema de la humanidad en el tiempo; y ved cómo aparece el Filósofo de Hus, tentado por la desesperación, pero ansioso de esperanza.

—La filosofía hebrea es, pues, la primera en inquirir la causa generadora del mal sobre la tierra; sin que pudiera ser de otro modo, desde luégo que el imperio de un Dios único excluye de hecho la existencia de cualquier ente sobrenatural que limite ó contraríe en Aquél el poder soberano. En las religiones panteísticas ó politeísticas, surge naturalmente el mal, por la muchedumbre de atributos divinos, de los cuales resulta siempre el maniqueísmo. Siva en la India, Arimán en Persia, Tifón en Egipto, el Destino en Grecia, los Hados en Roma, para no hablar de otros genios maléficos, explican, respectivamente, el padecimiento de la humanidad; pero en Israel, donde todo lo rige y go-

bierna Jehová, el Dios único, presciente, bueno, justo, sabio, poderoso, ¿por qué se da el mal, si ya no es para castigo del malvado? Y entonces, ¿por qué padece el justo? ¿por qué vive y medra el impío? Y ya sabéis que Job no limita á estos términos el terrible problema. Hasta aquí sólo ha expresado la duda; pero atraído por el abismo vertiginoso sobre el cual se ha inclinado, lanza la blasfemia; y encarándose con la Providencia, apostrófala, interrógala respecto del mal y de su inexplicable origen?

«¿Por qué me diste», le dice, «por qué me diste «la vida? Y ya que me impusiste la vida, ¿por qué me «condenas al dolor? Ni ¿quién es el hombre para que «con él entres en juicio? Visítaslo en la mañana, y «de súbito lo sometes á prueba. ¿Por qué no me limpias de pecado? ¿Por qué no me dejas tragar mi saliva?..... ¿Quieres condenarme? Sea. Condéname «según tu voluntad; mas, dime: ¿qué modo de proceder es éste que quieres usar en mi causa? Vida me «diste é inestimables bienes. Si te ofendí y por entonces me perdonaste, ¿á qué renovar hoy la memoria «de mis pasadas culpas?—Si fui impío, ¡ay de mí! no «te satisface todo el mal que padezco; si justo é inocente, nada me vale para no ser flagelado y afligido.»

—El drama llega á tal situación, que pide, ó la caducidad de la Providencia, ó la humillación de la crïatura; y como lo primero era de toda imposibilidad imposible á la luz de la filosofía y del dogma hebreos, no cupo otro desenlace sino la confusión de la soberbia humana. Ello, empero, no podía ser sino por obra de la Divinidad misma, como en el castigo de los espíritus rebeldes; porque después de Satanás, sólo Job osó impugnar el poder y la sabiduría del Eterno.

—Y hé aquí que en medio de los estupefactos amigos del Filósofo, de su confundida consorte, de la tristeza de aquella región envuelta en caliginosos vapores; entre aquel silencio turbado por inaudita blas-

femia; aparece un personaje de miradas más deslumbradoras que la nieve si la baña la luz, de voz terrífica y aterradora como el trueno; personaje cuyo aspecto cambiante impresiona como el desierto y que se mueve al modo del torbellino en el abismo. No aduce argumentos; mas, prorrumpe en apóstrofes que confunden á Job, á su mujer, á sus amigos; y cuando deja caer las palabras, diríase que la naturaleza está tocada de parálisis, ó que las fuentes de la vida han sido selladas por mano poderosa en el firmamento de los cielos.

—¿Quién no conoce los sublimes apóstrofes con que el Eterno confunde la soberbia humana, personificada en el Filósofo de Hus? ¿Quién ha osado tartamudear siquiera una respuesta á aquellas cuestiones en que se contienen los misterios de la Creación; misterios que ponen vértigo en la razón humana como en el hombre mismo la atmósfera de las inaccesibles alturas.

—¿Dónde estaba Job cuando Jehová asentaba los fundamentos de la tierra; cuando trazaba el plano, tiraba el cordel ó medía la fábrica del mundo? ¿Dónde, cuando informe aún la mar, ciñóla el Señor con nubes, á guisa de vestido, y cubrióla de obscuridad como se faja al niño? ¿Dónde Job cuando el mundo se llenó de hombres impíos, y lo tomó el Señor en las manos y lo sacudió como se sacude una ropa, para limpiarlo de toda maldad? ¿Conoce acaso Job el camino que conduce al tabernáculo de la luz ó el sitio donde residen las tinieblas? ¿Conoce Job la formación de la lluvia, y á quién tienen por padre las gotas de rocío?

—Algunos críticos, que no se han detenido en el estudio de este asombroso Libro, han encontrado contradicciones entre la nueva filosofía y el primitivo dogma hebreo; cuando, al contrario, debieron admirar el vínculo estrecho que existe entre el uno y la otra,

siendo como es el LIBRO DE JOB la aspiración complementaria del PENTATEUCO.

—«No hay en el Antiguo Testamento», dice Edgardo Quinet, «ningún libro que tan profundamente » penetre en las raíces de la religion hebraica. Cuanto « más parece que de ella se aparta, más íntimamente « se une con ella; de suerte que no podría comprender- « se la fe de Moisés sin la aparente blasfemia de Job.»

—Job parte del monoteísmo para condenar lógicamente la permisión del mal por la Providencia divina; y por eso el problema no tiene solución en la Ley Antigua. Lo que parece blasfemia no es sino aspiración á la eterna justicia; porque nadie, antes del Filósofo de Hus, sin exceptuar á Moisés, había tartamudeado siquiera esperanzas de inmortalidad.

—El LIBRO DE JOB es una de las pocas obras literarias de la antigüedad hebraica que ha llegado hasta nosotros en toda su integridad.

JOB

(IMITACIÓN DE HERDER)

¡Varón sabio y virtuoso! ¿dónde está tu sepulcro? ¿En qué sitio descansas de la milicia de la vida ¡oh tú! que creaste la epopeya eterna del dolor, y la asentaste sobre un montón de ceniza y la vivificaste con la serena, con la silenciosa meditación del infeliz predestinado al sufrimiento, y la embelleciste con aladas sentencias que flüian de tus labios como deslumbradoras estrellas?

¿Dónde está tu sepulcro ¡oh poeta sublime! confidente del consejo divino que celebran los ángeles y los bienaventurados: tú, que abarcaste con la mirada la altura de los cielos y el abismo de la tierra; tú, que

supiste alzarte en espíritu desde el imperio de las tinieblas, cárcel de los desgraciados, hasta los ilimitados espacios de lo infinito, donde tejen alegres danzas las aladas estrellas?

¿Algún ciprés de perpetua verdura florece acaso sobre la tierra donde duermes? O ¿reposas tal vez en ignorado sitio, tan ignorado como tu nombre, y como tu nombre perdido entre las sombras de remotas edades? ¡Ay! que sólo tu Libro nos habla de tí; mientras tú, cernido sobre el muladar que fue teatro de tus desgarradoras desgracias, cantas con la estrella de la mañana en torno al trono de Aquél á quien nos mostraste como Regente de los mundos.

Fuiste el historiador de tus propios dolores y de tu propio triunfo; de tu sabiduría, á la par victoriosa y vencida. Y ¿quién podría negar que fuiste el más feliz de los mortales; el que tras máximos sufrimientos, haya sido tan largamente recompensado? Porque más de una vez solazaste tu corazón con plegarias hasta tí nunca oídas; y extendiste tu victoria sobre el imperio de los siglos, por toda la redondez de la Tierra.

Crece sobre tu sepultura gallarda palmera, emblema de tu fama triunfadora, y que saborea las aguas de ignotas y sagradas fuentes; y la mirra y el incienso derraman sobre ella exquisita fragancia: la mirra, que fortalece el alma en la adversidad; el incienso, que la levanta hasta los cielos de la dicha eterna.

Tú haces que el Cielo descienda á la tierra; tú que las legiones celestiales velen á la cabecera del doliente; tú conviertes los dolores del hombre en espectáculo edificante para los ángeles:—en prueba de lo Alto, durante la cual la mirada de Dios escruta nuestra conciencia é inquiere el cumplimiento de eternos designios.

Por tí se saluda Bienaventurados á los que se sientan en el silencio del dolor; por tí, que convertiste el muladar en trono y la desesperación en esperanza.

CAPITULO XIII

LOS APOCALÍPTICOS

—Calamitosos por todo extremo para el pueblo de Dios eran los tiempos en que desaparecían ó callaban los profetas.

—«No hemos visto nuestras señales», clamaba Isaías; «Ya no hay profetas, no hay ley», lloraba Jeremías; «los profetas no hallaron la visión del Señor»; y cuando el primero de los Macabeos recupera, victorioso, á Jerusalén, amontona piedras en el solar del Templo, y espera la venida de algún profeta para que declare puesto de pie sobre ellas.

—En los días de la cautividad de Babilonia no había profeta en el pueblo de Dios, por lo cual desesperábase de la salvación.

—De pronto aparecen ciertos escritos que eran la continuación de las antiguas profecías, llenos como ellas del espíritu de lo porvenir y anunciadores del gran día.

—El más importante de estos escritos, con tanta propiedad calificados de APOÇALÍPTICOS, es la PROFECÍA DE DANIEL, en cuyas ideas y lenguaje se advierte la influencia de la antigua literatura hebrea; sobre todo la de los cánticos de Moisés y la de las visiones de Ezequiel.

—LA PROFECÍA DE DANIEL es una de las producciones más notables de la literatura hebrea, porque si bien en el fondo pertenece á los tiempos venideros, la forma pone de manifiesto la grandilocuencia de MOISÉS, de JEREMÍAS, de ESDRÁS, de NEHEMÍAS y sobre todo de NAHÚN.

—La obra de Daniel, aun prescindiendo de consideraciones sobrehumanas, es de la mayor importancia; pues da á conocer las ideas y los afectos de donde surgieron los egregios Macabeos; es decir: el medio social y religioso que sostuvo é inspiró el heroísmo nacional en el inquebrantable propósito de restaurar los altares y los hogares de un pueblo encorvado bajo el yugo de la conquista.

—Y desde el punto de vista dogmático, vemos en la obra de Daniel claramente expresadas y por primera vez, dos ideas de la mayor trascendencia, cuales son: la resurrección de los muertos y las esperanzas mesiánicas, no ya en beneficio de un pueblo, ni de una época, sino de la humanidad y de lo porvenir.

—Por consiguiente, la nueva literatura obedecía á más elevados ideales, y exponía el Arte con más bizarras y más perfectas formas.

—Daniel, el pontífice del nuevo Arte, es el Dante de aquella Edad-media de dolorosa gestación. Su mirada penetra en la obscuridad de los tiempos venturos, como la flecha de Laocoonte en las cavidades del caballo de Troya, y les arranca gemidos terribles en los cuales se confunden las voces de pósteras generaciones, que lamentan la caducidad y la ruina de imperios poderosos.

—Raras veces se levantó á tanta altura la imaginación del hombre; pocas se presentó la alegoría por modo más terrífico; nunca ostentó más poder la divina Poesía. Los cuadros de Daniel son al propio tiempo la palingenesia del Arte y el alma de las nuevas generaciones: no escribe, funde una humanidad, hasta entonces desconocida de sí propia, en moldes inflamados por el aliento del Eterno.

—Aquí se personifican los reinos en colosal estatua, donde contrastan el oro y el hierro, la plata y la arcilla, y que caerá aterrada por mano misteriosa; allá son monstruosos animales coronados de cuernos,

que se agitan y hablan y combaten; más allá los combatientes son reyes que ruedan confundidos en el polvo; en tanto que los muertos resucitan y se pasean por aquel revuelto campo donde impera la nada.

—Ello no obstante, este mundo apocalíptico está envuelto en una luz nueva: la luz de la esperanza; y ostenta por todas partes los símbolos de la redención de los oprimidos y del castigo de los opresores.

—El sacerdote del nuevo Arte parece consagrado por su propio ingenio; y pudo decirse de él con toda verdad, como fantásticamente de Dante, que había visitado los misteriosos mundos de sus visiones y conservaba el asombro de ellas.

—Daniel es un sonámbulo sublime que en su visión continua se mantiene de pie en el umbral de ignotos mundos, agitando convulsivamente las puertas de la Eternidad.

—El historiador judío Flavio Josefo elogia á Daniel en los siguientes términos: « Gozó del favor de « los príncipes y del afecto de los pueblos durante « su vida; y ha alcanzado fama inmortal después de su « muerte. »

—Daniel fue trasladado á Babilonia el año tercero del reinado de Joakim, rey de Judá, cuando Nabucodonosor tomó á Jerusalén y se llevó cautivo al pueblo; y escribió su libro valiéndose alternativamente de las lenguas caldea y hebrea.

DANIEL

Hélo ahí en el límite de dos mundos, sobre el carro del tiempo, bajo cuyas ruedas huyen veloces los años y los siglos.

Las perspectivas de lo porvenir píntansele en los ojos, como en altura inaccesible la luz del astro que no brilla aún sobre el horizonte.

Y cada uno de sus ojos tiene una visión:—el uno la visión de lo presente, el otro la de lo porvenir.

¿Qué digo? El tiempo no existe para él; porque si como hombre es hijo de la muerte, como profeta es el desposado de la inmortalidad.

Cuando Israel plante de nuevo sus tiendas en el solar paterno, en el solar que deslindara la mano misma del Dios-Vivo; guiarálo la inspiración de DANIEL por entre ajenos campos, y lo pondrá de nuevo en posesión de su heredad.

En vano tratan de seducirlo las grandezas terrenas sobre las cuales pasa como aliento de tempestad sobre campo desolado.

¿Qué son para el hombre de Dios el poder, la gloria y las riquezas, cuando él antevé el trono convertido en polvo y la diadema real hecha guarida de los gusanos que se crían en la tumba?

Los caracteres misteriosos, mudos para todos, hablan para él con clara elocuencia; y su palabra, heráldica de la victoria del medo y del persa, sentencia es de muerte para el babilonio.

Fijos los ojos en un punto del tiempo, para todos arcano y sólo por él conocido, cuenta y recuenta con los dedos, y computa en la mente la fecha misteriosa que ha de variar los destinos del hombre.

Y la fija; y luégo descansa tranquilo contemplando, al través de los siglos, el brillo de la estrella de Jacob sobre el establo de Belén.

Y cuando el Apocalíptico de la antigua Ley sueña y publica sus visiones, Juan, el Espíritu apocalíptico de la nueva Ley, se agità y se estremece en la mente soberana del Eterno.

CAPITULO XIV

CONCLUSIÓN

La literatura hebrea está esencialmente contenida en el ANTIGUO TESTAMENTO; y *así como toda la mar es sal*, el ANTIGUO TESTAMENTO *es todo poesía*, según la magnífica expresión de Víctor Hugo.

El ANTIGUO TESTAMENTO es hermosísima galería de historia, de imágenes, de caracteres, de escenas que nos representan el crepúsculo de la mañana con sus varios matices y la salida del sol con su esplendor soberano.

Aunque no se viera en el ANTIGUO TESTAMEENTO sino una colección literaria poético-profana de los tiempos pasados, si se la estudia con celo y amor, es decir: sin ánimo prevenido, de seguro, no podrá menos de admirarse la belleza sobrenatural que la distingue y la aísla, por decirlo así, del universo literario.

Las primeras narraciones acerca de la Creación, los himnos hebraicos y casi todos los nombres de los objetos que nos son conocidos, fueron, indudablemente, inventados y formados bajo la primera impresión producida por el espectáculo de la Naturaleza en el hombre, poseedor ya de la más sorprendente maravilla:—del lenguaje, que le fue revelado por el Eterno. Y ved ahí el nacimiento de la poesía hebrea, la más antigua de cuantas forman el acervo de las letras humanas.

El dogma de un Dios único, eterno, providente, remunerador, al exclüir el maniqueísmo, consagra la dignidad humana dejando al hombre dueño de sí pro-

pio, y por tanto responsable de sus acciones. Y el hecho mismo de ser la filosofía hebrea la primera en plantear por boca de Job el problema del Mal en contraposición del Bién, prueba inequívocamente que la Ley Antigua, vinculada en el monoteísmo, abría campo ilimitado al progreso, como que llamaba y pedía las sapientísimas soluciones de la Ley de Gracia.

La prevaricación del primer hombre, el consiguiente castigo y la promesa de la rehabilitación, forman la más poética de las trilogías, ya qué en ella concurren las tres mayores potencias que puedan imaginarse, á saber:—Dios, la Naturaleza y el Hombre, para producir el perfeccionamiento de la humanidad, vinculado en el bién.

Y todo el Antiguo Testamento descansa en esta que puede llamarse trípode sagrada, puesta sobre verdades misteriosas cuanto infalibles.

No han sido pocas las traducciones que del Antiguo Testamento se han hecho, á contar desde la llamada de *Los Setenta*, hasta la monumental de san Jerónimo, quien, socorrido con la *Hexapla* del laboriosísimo Orígenes y con las explicaciones orales de sabios judíos, llevó al cabo una obra cuya magna importancia ponía temor en el tan bien templado espíritu del autor de *La Ciudad de Dios*.

La obra de san Jerónimo demuestra que sus consultores estaban profundamente versados en la teología hebrea y en las ciencias que con ella se relacionan.

En muchos pasajes reproduce, vertiéndolo, no sólo el texto hebreo, sino también las explicaciones que gozaban de más crédito en las escuelas judías.

El trabajo de Orígenes á que se ha hecho referencia era para el santo mar inagotable que se entraba en la versión de *Los Setenta* para acrecentarla y enriquecerla.

«En la lengua», dice Nöldelke, «conservó san «Jerónimo el sabor oriental que la antigua *Vulgata*

« llamada *Ítala*, había puesto á la moda, aunque esto
« repugnaba á su gusto clásico, y traducía del texto
« judío ordinario. Ni se cansa de expresar la admira-
« ción que le inspira el texto hebreo, *hebraica veritas*,
« como él dice. »

La traducción de san Jerónimo es una obra maestra; y la ciencia del santo tan célebre, que de él pudo decir con toda verdad san Agustín : — « Ningún « mortal sabe algo que Jerónimo ignore. »

